

Jorge Alberto Gudiño Hernández

Tus dos muertos



Jorge Alberto Gudiño Hernández

Tus dos muertos

Jorge Alberto Gudiño Hernández

Tus dos muertos



SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para mi madre,
así, sin más,
porque no me alcanzan las palabras.

El hedor a mierda te escuece la garganta.

Te estás pudriendo, cabrón. Le dices a Carmelo mientras le revientas la boca de un toletazo.

Él está sentado en el retrete portátil. Las paredes de plástico reciben las gotas de sangre de su boca, sumándolas a manchas añejas. El golpe produce un eco como el que se da en la penumbra anterior a la caída de la noche. Sin dejar de mirarte, se cubre la boca con la mano.

Lo estabas cazando desde hace varios días, cuando se negó a pagar la cuota correspondiente. No lo podías perseguir por las calles: es más joven, veloz y escurridizo. Cuando lo viste entrar en el sanitario de la construcción supiste que era tiempo de saldar deudas. Esperaste un par de minutos para sorprenderlo en el trance de vaciar los intestinos.

La cara de Carmelo se descompone cuando amagas un nuevo golpe. En sus ojos se percibe la necesidad de encontrar palabras para defenderse. No las halla. Tampoco dices nada. Ver a un hombre sentado en el retrete agita tus recuerdos. El tufo los afianza como si hubieran alcanzado un nivel de intimidad nuevo: los pantalones enrollados a sus pies, el sexo gordo y flácido asomando entre las piernas.

¿Así que ya no quieres pagar? Preguntas conteniendo una arcada.

¿Cuántas personas cagan a diario en este agujero? Huele peor que si lo hicieran al aire libre, en una esquina oscura o en el terreno baldío que se extiende por casi toda la cuadra.

Tampoco hay respuesta.

Alzas el tolete. Un miedo infantil se apodera de los rasgos de Carmelo. ¿Qué edad tiene? ¿Quince, dieciocho años? Es difícil saberlo con los callejeros. Tampoco te interesa demasiado. No tienes intenciones de encerrarlo. Con un arco amplio estrellas el arma contra la pared. El sonido reverbera dentro de la cabina.

Con el extremo del tolete levantas el sexo de Carmelo. Está bien

dotado el chamaco. Una lástima, piensas al anticipar el castigo.

El zumbido del teléfono te distrae. No necesitas ver la pantalla para saber que es el jefe. Calzas el tolete en el cinturón, al lado de la pistola. Te agachas un poco. Apenas lo necesario para tomar la punta de los pantalones de Carmelo. Los jalas con fuerza para sacarlos por completo. Él te deja hacer, la sangre secándose en sus labios. No trae calzones. Otro ramalazo de asco mezclándose con un pálpito antiguo. Hurgas en las bolsas. Apenas un par de billetes chicos y calderilla.

Te salvaste, Carmelito. Avisas antes de salir del lugar con los pantalones en la mano.

No consigues identificar si en su mirada se empoza el rencor o la resignación.

Golpeas un par de veces la cabina. Se tambalea un poco en medio de un ruido que asemeja al vaivén que la hace temblar. Lanzas los pantalones hacia un cerro de varillas. No crees que pueda hallarlos en la oscuridad.

La noche empieza a reclamar sus dominios.

Zuzunaga, tenemos un problema. La voz es ronca y no muestra ninguna alteración. Aun así, debe ser algo grave, el jefe no te habla por cualquier cosa.

El jefe casi no te habla.

Pronto te enteras del asunto. Ayer en la madrugada secuestraron al hijo del diputado Manrique y a su novia. La novia del hijo. Regresaban de una fiesta al sur de la ciudad. Tal vez venían de la carretera. El amanecer estaba lejos de anunciarse. Se detuvieron en una tienda 24 horas a comprar cigarros o alcohol, no hay forma de saberlo. La versión más confiable, la del encargado de la tienda, asegura que salieron contentos pero los encañonaron antes de regresar a su coche. Los obligaron a subir con un nuevo compañero en la parte trasera. Luego los siguieron con otro automóvil. Fue en la colonia El Fresno, en los límites de tu zona de adscripción. Un lugar al que no sueles ir. La falta de semáforos hace que no haya vendedores, limpiavidrios ni tragafuegos a los que pasarles la bandeja. La Procuraduría ya atrajo el caso pero debes hacer la investigación por tu parte, no vaya a ser que esos culeros quieran armar un caso falso.

Asientes en silencio. Nunca te han encomendado casos reales. Al menos desde que estás aquí. Atrapar a un ladrón o darle una madriza a unos violadores. Amenazar a unas putas. Todos conocidos. Nada de

investigación. Hacer el trabajo y dejarlos ir si dieron el dinero suficiente. O refundirlos en la cárcel.

Conforme caminas hacia la patrulla aparece la pregunta: ¿por qué iban sin escolta? La respuesta también sirve para plantear nuevas interrogantes: el diputado Manrique no tiene hijos. Al menos no que se sepa. Ésa debe ser la razón. Un bastardito de tantos que hay en la clase política. Se dan sus baños de pureza como si a alguien le importara más que tuvieran amantes a que se robaran la mitad del presupuesto.

Hijo de puta.

Pensar en el hijo no reconocido te remite a Leslie. Nunca has negado tu paternidad, es sólo precaución. Es peligroso. Tienes muchos enemigos, aunque son de otra época. También de otra latitud y no de esta inmundicia maloliente a la que todos aspiran llegar. Por eso mejor que estudie en Nueva York. New York, le dice ella, antes de aclarar que no es Manhattan con cierta molestia. El dinero no alcanzó para tanto.

Jugueteas con el teléfono. Quieres llamarle pero sabes que no es una buena idea. No le gustan las sorpresas. Mejor esperar al fin de semana para marcarle desde una línea segura. Uno nunca sabe quién escucha las conversaciones de los demás. Tú mismo, en tu otra vida, pinchaste decenas de teléfonos: empresarios, políticos, hasta diputados y un gobernador.

Eran otros tiempos, suspiras al ver cómo el recuerdo se desmigaja. Las moronas tienen más de impotencia que de arrepentimiento.

Manejas hacia el norte. El Fresno es una colonia delimitada por cuatro avenidas. Ha resistido la sobreurbanización. Son apenas siete cuadras de norte a sur y ocho de este a oeste; luego están las avenidas. No es una cuadrícula perfecta. Hay calles diagonales, casi todas se pierden en cerradas y callejones.

Llegas a El Estío 24 horas. Está muy bien ubicada. Sobre todo, para los vacacionistas que llegan desde la salida a Cuernavaca. Como vienen con el impulso de la carretera, se tardan en bajar la velocidad. Por eso no se detienen más atrás. Aquí, sin embargo, se forma una suerte de delta, un remanso. Se puede frenar con calma, estacionarse en una amplia bahía. Algunos traileros la aprovechan para descansar.

Una camioneta de la Procuraduría está afuera de la tienda. Alcanzas a ver a tres uniformados hablando con los dependientes.

Nada que hacer aquí.

Manejas despacio, sintiendo el vaivén de cada uno de los topes. Los baches. Recorres las calles de la colonia con una esperanza que es desidia. Imaginas las consecuencias de resolver el caso. Un ascenso pronto. Reintegrarte a los círculos de poder. Ya no tendrás que perseguir a tipos como Carmelo para que paguen la cuota. Todo será más fácil entonces. Sentarte como el jefe y recibir una cantidad asignada de cada uno de tus subalternos; sin importarte si Carmelo escapó o alguno no reunió la cuota.

Extrañas esos días.

El coche está al fondo de uno de los callejones. Corroboras la matrícula. Algo falló en el diseño urbano porque ninguna puerta da a este muñón de la calle. Está abierto. Unas cuantas gotas de sangre manchan el volante. Una lástima, la piel es brillosa y tersa. Tal vez cuando resuelvas el asunto puedas comprarte uno de estos coches.

En el asiento de al lado, la bolsa de la novia. Piensas en la suerte que implica haber llegado antes que los depredadores. La tomas. No hay mucho más que puedas hacer. No tienes equipo para recabar huellas digitales y de poco te serviría. Esto no es una serie de televisión, no hay contra qué comparar lo que uno encuentre. Mejor permitir que hagan su desmadrito los de la Procu.

Envías al jefe un mensaje de texto. Le informas la ubicación de la unidad. Le respondes que lo dejaste como estaba cuando pregunta. No dices nada de la bolsa.

Ya en la patrulla vas directo a la cartera. Hay bastante dinero. Lo tomas. La noche ya pagó sus réditos.

No repites el mantra cotidiano al abrir la puerta. Sabes que será temporal. Por eso sólo hay un sillón desvencijado, una cama, dos vasos. Te acuestas con la ropa puesta. Estás cansado. El sueño llega pronto. Junto con él, se agolpan imágenes y recuerdos. Carmelo enfurecido te despierta. Tomas agua directo del grifo. Tienes hambre pero nunca has tenido comida en este departamento. Ni siquiera refrigerador. Avientas los pantalones a la esquina del cuarto. Ya hay demasiada ropa sucia. Tendrás que pasar por la lavandería. El cansancio te da otro coletazo. Te tiendes con la esperanza de que no se presente de nuevo la imagen de Carmelo. No tienes suerte: otros demonios han decidido pasar la noche contigo.

Tomaste a tu padre por los codos, con fuerza. Asentaste bien los

pies antes de hacer el envión hacia atrás. Su cuerpo se precipitó sobre el tuyo. Aunque apenas sobrepasaba los cuarenta kilos, sentiste el peso sobre ti. Pasaste un brazo alrededor de su espalda. Podías percibir el pálpito interrumpido de su aliento. Su olor acre. Su cabeza descansaba sobre tu cuello; sus labios casi a la altura de tu oreja.

Ya no más… por favor… ya no más.

Eran las primeras palabras que pronunciaba en semanas. Desde que el accidente le arrebatara lo que le quedaba de vida. Las dijo separadas por la pausa de su propia respiración, por ese ritmo lento que le rasgaba los pulmones y la garganta.

Lo lanzaste hacia adelante, devolviéndolo al excusado. Evitaste mirar sus piernas pellejudas y lampiñas. Te concentraste en sus ojos, buscando confirmar que sus palabras no fueran producto de un deseo tuyo antes que de su voluntad. Estaban empañados. Las lágrimas sobre la superficie creaban ese efecto que hace titilar a las pupilas.

Te hincaste frente a él, sus rodillas rozándose. Te tomó de la mano con sus dedos huesudos y la puso sobre su muslo. Su piel, un pergamino desbaratándose. Pensaste en lo cerca que estaba su sexo de tu cara. Es un anciano, un anciano moribundo. Repetiste para alejar los pensamientos.

Tu padre.

Apretó la mano. Sus ojos se desbordaron con las primeras lágrimas mientras asentía. No te quedó más remedio que abrazarlo ahí, sobre el excusado, con su mierda flotando unos centímetros abajo, con su mierda embarrada en el culo que habías olvidado limpiar. Da igual estar impoluto o lleno de mierda a la hora en que la muerte nos encuentra.

Da igual.

Cuando se separaron viste en sus ojos una mezcla de resignación y gratitud. Como si él hubiera sabido, mucho antes que tú, que no le negarías ese último favor.

Lo sabía.

Te dejas llevar por la rutina. Desayunas en la fonda de los miércoles. No te cobran. Luego conduces con lentitud, pasando revista a quienes trabajan en los cruceros. Son pocos, mucho menos de los acostumbrados. La presencia de camionetas de la Procuraduría es bastante disuasoria.

No está Carmelo. Tampoco sus amigos cercanos. Descubres cierta

inquietud en la mirada de los vendedores de periódicos, de los que ofrecen cigarros sueltos a los automovilistas. Tal vez ya se enteraron de que cobraste por la mala. Que les sirva de lección. Por la tarde pasarás a recoger las cuotas. No será demasiado. Con suerte no tendrás que poner de tu bolsillo para pagarle al jefe. Le dirás que estuviste investigando. Con suerte. Con mucha suerte.

Manejas hasta El Estío 24 horas. El tráfago matutino le confiere un nuevo cariz. Los clientes compran café y donas. Son oficinistas con prisa. Obesos. El delta que era el remanso para la alta velocidad del fin de semana ahora es un desvío para evitar el tráfico. No funciona, está saturado de ruido de motores y cláxones. Te estacionas en segunda fila.

Adentro de la tienda, demoras los ritmos vertiendo un café aguado dentro de un vaso de unicel. Le vacías tres sobres de azúcar. Batallas con la tapa que no ajusta bien. Al llegar a la caja preguntas por el encargado. Apenas es un adolescente. Muestras tu placa y señalas las cámaras de seguridad.

No funcionan. Responde con cansancio. Ya se lo dije a los oficiales que vinieron ayer.

Sales sin pagar. No tienes claro qué sigue. Del otro lado de la calle, un choque. Dos coches se alcanzaron. Sus dueños discuten a gritos. Te acodas sobre tu unidad esperando que se agarren a golpes. No lo hacen. Un minuto más tarde están llamando por sus teléfonos. Las aseguradoras no tardarán en aparecer.

El primer sorbo te escalda la lengua. Apenas percibes el sabor. Si acaso lo dulce del azúcar.

Cruzas la calle. Hay una academia de danza y una papelería. Cerradas. El videoclub está abierto. Los estantes casi vacíos. Entras. Un campanilleo te anuncia. Repites la pregunta de la tienda; quieres saber si las cámaras grabaron algo. El encargado es el mismo señor enjuto a quien le preguntaste. Se le nota el peso de las bajas rentas en los hombros. Le muestras tu placa, la pistola acomodada en el cinturón.

Necesito ver lo que grabó su cámara hace dos noches.

El hombre asiente. Notas cierta satisfacción en su cara. Lo has rescatado de una mañana aburrida.

Te conduce a un tapanco. Sorprende el contraste con el resto de la tienda: está limpio, la computadora se nota moderna, hay varios monitores. Te ofrece un café pese a que traes el tuyo en la mano. Aceptas. Pone en funcionamiento una cafetera en cuya parte superior

hay granos sin moler. Un líquido espeso llena la taza. El aroma inunda el lugar. El primer sorbo supera tus expectativas.

Debería abrir un café. Sueltas por lo bajo. Te mira con cierta indulgencia.

¿Qué hora busca?

No tienes el dato preciso. Le dices la marca del coche, mencionas la tienda de enfrente. Enciende un monitor. Las imágenes pasan demasiado rápido. Las detiene con un golpe de botón. Regresa la cinta. En la esquina superior parpadea la hora. Casi las cuatro de la mañana.

Atestiguas la llegada del coche. Se estaciona unos metros más adelante de donde puede verlo la cámara. Adivinas cómo se baja el conductor, cómo abre la portezuela de su acompañante. Aparecen a cuadro. Abrazados. Las piernas de ella casi descubiertas. Es una lástima que estén tan lejos. Distingues, empero, el ánimo festivo.

Entran a la tienda. Las luces chocando contra los ventanales no permiten ver lo que pasa adentro. Salen con una bolsa de plástico. Desaparecen antes de subir al coche.

Es todo.

Ven el video dos veces más. Terminas tu café y agradeces. Le das la mano en la puerta.

En serio, abra una cafetería. Te despides.

Caminas. Había algo inusual en el video pero no logras esclarecerlo. Las banquetas no están más desastradas que en el resto de la ciudad. A lo lejos ves a una señora batallando contra ellas. Empuja una carriola que se bambolea. Va en la acera opuesta. Alcanzas a escuchar el lloriqueo del bebé. “Está guapa”, concluyes antes de virar a la derecha.

Es claro que la versión de la Procuraduría tiene fallas. No había otro coche esperándolos. No los encañonaron. A menos que lo hayan hecho de frente. De seguro el encargado de la tienda mintió para contar una historia fantástica. Consideras regresar a preguntarle.

No vale la pena.

Te interesa más descubrir las causas de tu inconformidad. Recapitulas. Hasta donde alcanzaste a ver, nadie venía siguiendo al hijo del diputado. Eso quiere decir que lo esperaban. Dos posibilidades. No podían estar esperándolo porque no sabían que se iba a detener justo en esa tienda, uno. Sí lo sabían, dos. Nuevas

opciones. Más que saberlo lo intuían por la ubicación de la tienda y se jugaron el albur, otro uno. Propiciaron que se detuviera en ese lugar, otro dos. Vuelve a ramificarse. Ahora en negativo. Como el coche no estaba descompuesto y en la imagen se les veía contentos, no hubo amenazas ni nada parecido. Tampoco tenían la actitud de reunirse con alguien, así que se descartan las llamadas y los acuerdos previos…

Tu proceso mental te ha tendido una emboscada. Lo repasas de nueva cuenta. No parece haber fallas. Si acaso, agregas un nuevo elemento: la novia le tendió la trampa. Tres. No lo descartas. La lejanía de la toma te ha impedido descubrir en ella nerviosismo pero no está de más investigar a la chica.

Tal vez lo hagas por la tarde. Con suerte, para entonces ya habrás descubierto lo que te molesta en el video.

Apuras el paso con el entusiasmo que embarga a quienes han decidido algo, por ambiguo que sea. Giras en la esquina. Tropiezas. Apenas mantienes el equilibrio. La sangre palpita en tu ánimo. Alguien te metió el pie.

El enojo remite de golpe. Más que una persona es un bulto. Un bulto enorme. Tirado en la acera, con la espalda recargada contra la pared, un hombre. Es difícil calcular su edad. La baba se descuelga por su mentón para anegar su camiseta de tirantes. Su lengua es casi obscena. Entra y sale mientras jadea. Descubres una manta cubriendo sus piernas y su mano. Se está masturbando. La otra mano anclada al suelo, con un vendaje sucio e inútil.

Es gordo. Demasiado. ¿Quién se encargará de él, de sacarlo a ese sitio, de cubrir su impudicia con una manta ligera? No es un hombre joven. Se le nota en las arrugas, en la piel curtida, en algunas canas. Te invade una oleada de desencanto que se mezcla con las aguas de la intriga. De pronto quieres saber más de él, conocer su historia.

Sus ojos perdidos pronto se encuentran con los tuyos. Lanza un aullido. Bajo la manta, su mano acelera el ritmo. La repulsión es inmediata.

Empujas sus piernas con tu zapato. Escupes a su lado.

Pa pa… pa pa… ¡pa pa! Y manotea.

Sientes temor. No deseas que se levante. No quieres descubrir su desnudez, el producto del obsesivo trabajo de su mano. Sin embargo, tampoco puedes irte. Estás anclado a tu propia delectación morbosa. Palpas tu cinturón hasta encontrar el arma. Saberla en su sitio te

tranquiliza.

Pa pa… pa pa… mata. Y su mano oculta sale a la luz.

Está ampollada. Supura. Das un paso hacia atrás. Adivinas por qué está vendada la otra mano. No quieres imaginar cómo estará su sexo.

Pa pa… pa pa… mata…

Su mano sube hasta su papada. La cruza con el canto, es una cuchilla afilada practicando un degüello.

Das otro paso hacia atrás. Uno más. Apenas los separan un par de metros. Él regresa la mano a su sitio. Su boca se abre. El hilo de baba retoma su camino. La mirada se pierde en cuanto el movimiento bajo la manta se reanuda.

Miras alrededor. Las calles están vacías. Has dejado de existir.

Comes sin ganas. En el estómago se juntan la imagen del sujeto tirado en la calle y otra, inasible, que está oculta en el video que no deja de insistir. Tendrás que volver de nueva cuenta. No ahora. Aprovechas para dejar en la lavandería tu ropa sucia.

Una ligera llovizna vespertina te pone en marcha. Mientras sea leve no corre prisa. El problema es que desemboque en tormenta. Haces tu recorrido habitual por los cruceros. Te estacionas en cada uno de ellos. Recoges el tributo de tu venia a los trabajadores de los semáforos.

La mujer se acerca hasta la ventanilla. El pelo mojado por la lluvia. La expresión perdida en otra vida. Lleva al niño agarrado a las faldas. Está tan famélico como siempre pero ha perdido la luz en sus ojos. La sustituyen lagañas verdosas. El pecho se hunde cuando una tos insignificante lo ataca. Lanza un esputo rojizo, sin fuerza.

Su madre te tiende un billete como lo ha hecho todos los días desde hace meses, cuando aún cargaba al crío en el rebozo. Es de la denominación más baja. Su mano tiembla. Te teme. Tomas el billete con displicencia. El niño cae al suelo en medio de otro ataque de tos.

¿Qué tiene? Parece que tu pregunta se encarga de revelarle a la mujer el estado del pequeño.

Se encoge de hombros. Se agacha para recogerlo. En sus brazos se nota insignificante.

Toma. Le dices extendiéndole otro billete, de mayor valor. Llévalo a la farmacia. Ahí hay un doctor.

La mujer duda. Apenas un segundo. Después te arrebata el billete. No da las gracias. Dirige sus pasos hacia donde le indicas. Sientes que algo se apacigua en tus adentros.

Terminas la ronda. Carmelo nunca apareció. Cuentas el dinero. Apenas alcanza para la cuota del jefe. Hay días que no son buenos. Al menos te queda lo que tomaste del coche. Otros no son tan malos.

Los ecos te reciben en el Ministerio Público. Son murmullos, restos de conversación. Algunos compañeros preparan una redada. Sabes que no te invitarán. No en esta adscripción. Un dejo de nostalgia te hace añorar esa otra época, cuando tú las organizabas. La adrenalina del instante previo, el portazo. Luego la violencia aprovechando la sorpresa. Lo que más disfrutabas era el manoseo. Sobarle las tetas a una adolescente espantada con el pretexto de que ahí escondía drogas. O sin ningún pretexto, para eso eras la autoridad. Entrepiernas y nalgas. El recuerdo te arranca una sonrisa: ¿qué era más excitante, meter la mano bajo una minifalda o apretarle los huevos a un cabrón para amedrentarlo? O el miedo. Ese miedo profundo que se puede provocar a alguien consciente de que se lo acaba de cargar la chingada.

Ojalá te invitaran.

El comandante Alvariño te recibe con cara de hartazgo. Su nariz ganchuda lo caricaturiza. ¿Cuántas bromas al respecto te habrás perdido por no pertenecer al grupo?

No perteneces a nada.

Están presionando mucho de allá arriba, Zuzunaga. Con el caso del hijo del diputado. Lo dice como si no lo supieras, como si no fuera la razón por la que estás frente a él.

Lo dejas hablar. Quejarse de la Procuraduría Federal parece ser su tema favorito. Le da vueltas al asunto político, a los enemigos del diputado Manrique.

¡Pinche diputado! Concluye buscando tu aprobación.

Te tomas tu tiempo antes de preguntarle:

¿Por qué quiere que investigue por mi lado? Los de la Procu son un montón y tienen equipo.

No mames, Zuzunaga. Sabes bien que eso no es lo importante. Ellos fabricarán al culpable y, si no es el bueno, me van a cobrar a mí el muertito. Por eso necesito a alguien de mi lado. Hablé con gente que te conoció antes. Me dijeron que eras más cabrón que bonito. Eso ya lo sabía. También que fuiste el único que pudo resolver ciertos casos. Imposta la voz al referirlos, pretendiendo una complicidad que no existe. Además no puedo escoger a otro agente. Aquí todo el mundo

tiene conectes, pendientes, debe favores y no se sabe estar sin abrir la boca. Tú eres un apestado, Zuzunaga. Nadie te quiere ni confía en ti. Así que eres el bueno. Échale ganas, sálvame el pellejo. Te conviene. Sé pagar favores. ¿Quién sabe? En una de ésas vuelves a ser comandante cuando yo sea procurador: Comandante Zuzunaga. Suena bien.

Te despides sin aspavientos. Así que va en serio. Pasas al lado de una sala llena de computadoras. Sigues de largo. Prefieres el anonimato de un café Internet. Al menos ahí no habrá quien fiscalice tus búsquedas.

Pinche comandante Alvariño.

Poco averiguas en Internet. Apenas confirmas lo que ya sabías: el diputado Manrique no tiene hijos. Lleva casado treinta años con su esposa, quien no puede embarazarse. Nunca pudo.

Descubres también las razones por las que ya lo sabías. Hace cuatro años encabezó una campaña en contra de la legislación del aborto. Era inflexible en cuanto a sus argumentos: nada vale más que la vida. Su postura moral lindaba con el fanatismo. Ya antes había emprendido una cruzada semejante en contra del matrimonio homosexual. Durante un mitin se enfrentó a centenares de mujeres proabortistas. Terminaron riéndose en su cara. Una fotografía marcaba el momento: “Sólo pueden opinar quienes están en condiciones de tener hijos”. La cargaba una joven embarazada. Debía tener quince años.

Pides una nueva cerveza. El bar está a la mitad de su cupo. Has detectado al sujeto que vende droga. Sonríes pensando en que será un buen sitio para volver cuando las cosas se calmen. Ya le cobrarás su cuota.

La televisión deja de transmitir el insulso partido de futbol para dar paso al noticiero de la noche.

El conductor presenta un video del diputado Manrique. Un recuadro en una esquina muestra al famoso político. Pronto ocupa toda la pantalla. El rostro desencajado. La tensión en la quijada.

Habla de un error de juventud. Traga saliva. Confiesa que tiene un hijo nacido fuera del matrimonio.

La cámara se cierra sobre su cara. Anuncia que lo han secuestrado. Asegura que es un asunto político, dado que no han pedido rescate. Hace una oferta. Está dispuesto a retirarse de la vida pública a cambio de su liberación.

Silencio. De nuevo el recuadro. El titular del noticiario tarda en reaccionar. Busca entre sus papeles. Por fin encuentra el dato que buscaba mientras en una esquina del televisor parece aguardar el diputado. El nombre del desaparecido sale de sus labios. Juan… Juan Perea. La imagen inmutable de su padre.

Varias sonrisas inundan el bar. No sabes qué te enerva más: el que califique a su hijo como un error de juventud, que no diga nada de la novia o que no le haya dado su apellido. Has hecho cosas muy malas en la vida pero nunca renegarías de Leslie.

Cuando vuelves a ver la pantalla, el diputado ha desaparecido. El conductor menciona algunos datos. Presenta un breve recuento de su carrera. La ensalza, volviéndolo un hombre probo. Repite la oferta del político. Retirarse de la vida pública. Dice dónde fue el secuestro. También ignora el plagio de la novia.

Tres segundos más tarde, ya está hablando de una nueva manifestación en la ciudad. De ésas que desquician el tráfico. De las que permiten las autoridades que se trasladan en helicóptero cuando hay bloqueos viales.

El diputado, su confesión y su hijo reverberan en el ambiente. Sólo eso. Ni a alguien así le alcanza para ocupar todos los minutos del noticiero más importante del país.

Das largos tragos a la cerveza. Pides la cuenta y pagas. Mejor que te crean un cliente normal para no poner sobre aviso al trapichero.

Tal vez sea una buena idea hablar con Leslie esta noche.

Leslie no contesta. Más aún, tras dos pitidos, ella corta la llamada. No insistes, algo debe impedirle responder. Te tumbas en la cama, recargado contra la pared, a esperar que te marque de vuelta.

El adormecimiento llega primero.

Viene acompañado de un sueño espeso, cargado de imágenes. Sabes que no has sido un buen padre. No podrías serlo: tampoco eres una buena persona. Mucho menos lo fue tu propio padre. Los golpes llegaban sin aviso y sin pretexto. Casi los puedes sentir de nueva cuenta mientras te deslizas hacia abajo. Las patadas en la cara anterior de los muslos cuando ya te había vencido y estabas en el piso. Pasabas varios días adolorido.

Tu cuerpo se desliza más, buscando un acomodo. Terminas en posición fetal. Sabes bien que no basta para protegerte.

Sus ojos siempre estaban cargados de ira. Incluso cuando la

enfermedad le fue arrebatando facultades. Te miraba como quien juzga, como quien se burla, como quien lamenta no poder acompañarte el resto de tu vida para atestiguar el fracaso. Tu fracaso.

Por eso no dudaste. Lo harías. Aunque no lo mereciera cumplirías su último deseo. “Ya no más”, dijo. El problema era cómo hacerlo.

Te despierta un sobresalto. La imagen de Leslie sustituyendo a la tuya, luchando por untar emulsión en las llagas supurantes. Nunca permitirás que eso te pase. Mucho menos a Leslie.

Masticas los rescoldos del sueño. Su sabor cenizo te espesa la saliva. Te descalzas. Observas con impotencia la pantalla del teléfono. Nada. Te acuestas con la esperanza de que te abrume un sueño líquido, sin matices. Tal vez así puedas dormir el resto de la noche. Como cuando eras poderoso, vivías acompañado y la cama no era un colchón de segunda.

Otros tiempos, otra vida, concluyes antes de conseguir el sueño deseado.

El Fresno amanece plagado de periodistas. Son como una procesión que se dispersa para no dejar ninguna esquina sin visitar. Las cámaras toman la fachada de la tienda de conveniencia, recogen imágenes del supuesto recorrido del automóvil del hijo bastardo de Manrique. Luego se van a combatir el tedio.

No sabes cómo seguir la investigación. Estacionas la patrulla. Caminas. Ves a un equipo de camarógrafo y reportero haciendo tomas del gordo que se masturba. Los vecinos comparten la excitación de ser protagonistas de algo. Al otro lado de la calle, una juguería.

Pides un licuado. De mamey. Señalas al desgraciado a quien su mantita no alcanza para protegerlo de la invasión de las televisoras. El juguero no duda. Cuenta una historia que escuchas mientras sorbes con el popote el líquido espeso y dulzón.

Le dicen el Matape. Era mecánico. Estaba mucho más gordo antes. Ya tenía algo de exhibicionista entonces. Trabajaba sin camisa. Sus lonjas cubiertas de grasa negruzca. Se dedicaba a cambiar aceite. Parecía disfrutar tirándose en el asfalto para desenroscar la tuerca del depósito. La locura le fue llegando de a poco. Primero se untaba el aceite requemado en el torso. Hay quien dice que también le daba unos tragos. Salvo por eso, era buena gente. Dicharachero y simpático. Hacía bien su trabajo.

Su mujer lo abandonó una madrugada. “¡Eres un cerdo!”, gritó.

“¡Son unos cerdos!”. Lo dejó con su hijo adolescente y con su padre. Fue cuando enloqueció por completo. El Matape. Comenzó a jalársela en esa misma esquina. Su padre intentó varias veces meterlo a la casa. Era difícil. Pesaba un montón. Tampoco sirvieron los cintarazos. Estaba como poseído. El don se resignó a ponerle una mantita. Lo saca a la calle en la mañana. El hijo lo regresa en la noche, antes de ir al trabajo. Ya nos acostumbramos. Lleva así como cuatro años.

Rellena tu vaso. El Matape no te inspira compasión. Sólo asco. Haces dos preguntas.

Viven de sus rentas. El taller y una casita a dos cuadras de aquí. El don llegó cuando esto eran puros pastizales. Había vacas. Vendían leche. Por eso pudo comprar barato antes de que trazaran todas las calles.

Matape es por mata perros. A los doce años agarró al primero. Se lo cargó a patadas. Parece que le gustó. Por aquí hay muchos perros callejeros. Se juntaba con sus amigos para atraparlos. Los amarraban a los coches y arrancaban o les prendían fuego. Ya estaba loco desde entonces. Luego se le quitó. Cuando conoció a su mujer. Ella lo hizo responsable pero, cada tanto, se le notaba en los ojos la necesidad. Por eso cuando desaparecía un perro todos sabían que había sido él.

Los reporteros han terminado. De poco les servirán las tomas, piensas, en ningún canal les van a dejar transmitir las imágenes del Matape masturbándose. Intentas pagar. El juguero no acepta.

Va por mi cuenta, oficial.

El Matape, piensas. También en su padre y en su hijo. No entiendes cómo hay familias donde la lealtad aflora a fuerza del poder de la sangre y otras, como la del diputado Manrique, son apenas una burla. No es que prefieras ser el hijo del Matape al del político. Las dos posibilidades son una joda. Las tres, si incluyes a tu padre.

Gastas el resto de la jornada vagando. La rutina se impone de nueva cuenta. Las calles se vacían de reporteros aunque dejan en el ambiente cierta vibración que apenas se apacigua con los días.

La fonda de los sábados es bulliciosa. Extrañas los restaurantes, los meseros dispuestos a la humillación a cambio de una propina, las deferencias. Durante años pasaste por los lugares más refinados y ahora debes acostumbrarte a las mesas compartidas y a la sopa de pasta. Tienes dinero ahorrado pero no es tiempo de dispendios. Mantener a Leslie fuera del país no es barato.

La gelatina es verde y llega acompañada por el dueño de la fonda. No pide permiso pero se sienta frente a ti. Sin darle muchas vueltas te pregunta si sabes algo de la investigación. Le das largas, aduciendo que está a cargo de los federales. Se le nota la desilusión. No puedes evitar mirar los pelos que le salen de las orejas, cerca del conducto auditivo, en los bordes del pabellón.

¿A quién le puedo decir lo que sé? Pregunta de nuevo. Tu atención se crispa. Un escalofrío se entreteje en tu espalda.

A mí, por supuesto. Te muestras cordial, haciendo de lado la pedantería con que le has hablado todo este tiempo.

Los papás de Cherry están preocupados. Quieren hablar con alguien pero Guido, su hermano, les dijo que era mala idea. Para mí que esos dos se traen algo. ¿Cómo ve usted?

Tardas algunos minutos en sacar algo en claro de esa suerte de testimonio. Cuando por fin lo logras, tu investigación deja de estar en ese limbo abultado en el que no tenías idea de lo procedente.

Resulta que Cherry es la novia de Juan Perea, el hijo del diputado. Ella vivió en El Fresno casi toda su vida, hasta el año pasado, cuando se mudó con su novio. Guido es su hermano. Los papás de Cherry estaban felices con Juanito. Sabían que era hijo de diputado, rico, buena persona. Cuando se enteraron del secuestro se pusieron nerviosos, su hija no contesta el teléfono. Quisieran hablar con los agentes de la Procu pero Guido los conminó a que no lo hicieran.

Nada más.

Le pides la dirección de la casa. Prometes lealtad y cuidado a cambio de que el dueño de la fonda no hable con los demás agentes. Intentas pagar pero no acepta.

Adivinas la silla de ruedas antes de que abran la puerta. Es el mismo rechinido que acompañó los últimos meses de tu padre. Es menos tortuoso. El hombre que aparece al otro lado del umbral se vale por sí mismo. Te cede el paso antes de preguntar quién eres. La sala es de mal gusto. Cargada de adornos caros. El vivo contraste entre el pasado pobre y el venturoso noviazgo.

Te sientas. Frente a ti el hombre se balancea. El rechinido se aviva, se vuelve música de fondo.

¿Vino por Cherry? Suelta con una voz entera.

Asientes sin más. La frase es desafortunada. Podría implicar que vienes a aprehenderla o que estás aquí para hablar de ella.

El silencio tensa la habitación. Paseas la vista hasta toparte con las fotos cambiando en uno de esos portarretratos electrónicos: Cherry, la familia entera, Cherry, Cherry, Cherry… en el campo, frente a la fachada, de pie, recargada en el coche de Juan Perea… Cherry solitaria, Cherry con quien supones es Guido, Cherry con el hijo del diputado…

Mi esposo no es de muchas palabras. Una voz te saca del embeleso. La madre, supones. Es una mujer guapa. No por nada sus hijos son tan bien parecidos.

Te presentas.

Hasta que por fin alguien viene a vernos. ¿Sabe? Pregunta. Y se larga con una retahíla cargada de orgullo y preocupación. Es que a mi hija se la debieron llevar los que secuestraron a Juanito.

El trato para el hijo del diputado se percibe sincero. El padre ha dejado de bambolearse. Pese a la silla de ruedas, sus hombros portan una dignidad de la que careció tu padre en sus últimos días. Estás seguro de que este señor no necesita ayuda a la hora de cagar y, si la necesita, no la pide.

No sacas mucho en claro de Cherry. Conoció a Juan en un bar. Los presentaron amigos comunes. Al menos eso dicen. Cierta tos del padre y el cambio en el tono de la mujer te hacen pensar que podría ser otra cosa: ¿drogas, trata? Se enamoraron de inmediato. Se querían casar desde hace meses pero Juanito esperaba a que el diputado tuviera tiempo para ir a la boda. Por eso se fueron a vivir juntos. Que no pienses mal, ellos no son esa clase de gente pero Juanito es como de la familia.

Ahora están preocupados. Capaz que ya le pidieron el rescate al diputado y él paga la parte de su hijo. Ellos apenas tienen para vivir. ¿Cómo van a hacerle?

Las lágrimas rematan la pregunta.

No han pedido rescate. Sueltas sin pensarlo. A veces el proporcionar consuelo es un acto instintivo cuando no un reflejo.

De nuevo el silencio.

Para no caer en el embeleco del carrusel fotográfico, sacas tu celular. Preguntas su número telefónico, el de Cherry, la dirección de la casa a donde se mudaron. Sabes que si los secuestradores son tan profesionales como parecen de poco servirán esos datos. De cualquier modo te parece necesario tenerlos.

Te levantas.

Justo entonces entra un vendaval. Es Guido. Los ojos rojos, las

manos trémulas. ¿Mono, simple nerviosismo e insomnio? Descartas la última opción. Te observa sin entender. Al menos eso parece. Balbucea algo cuando te presentas. El tacto de su mano es frío y sudoroso. Su quijada, en cambio, es la base para un rostro encantador. Si este chico no se metiera tantas cosas…

Su mirada se vuelve torva. Evade tus preguntas con gestos. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con tu hermana? Alza los hombros. Gira la cabeza. Se sienta de lado para que no lo auscultes. Aguanta poco. Se incorpora. Es más alto que tú. Mucho más fuerte. Delgado y flexible.

En cuanto sepa algo les aviso. Les dejo mi número. Márquenme si tienen alguna noticia o idea.

Sales con cierta confusión. Estás seguro de que Guido sabe más de lo que dice. Mucho más. Una lástima: con esa quijada, con esos brazos descubiertos. Ni hablar, la gloria te reportará más satisfacciones que un simple deseo.

Al llegar a la patrulla ya no dudas. La euforia te embarga. Buscas en el directorio de tu teléfono. Tamara. Llamas y esperas a que conteste. Luego le indicas el lugar y la hora.

Cuando te encuentras con Tamara no puedes evitar compararla con las otras mujeres de tu vida. Quizá sea porque no es tan guapa como Adela, a quien te bastaba mirar para excitarte y con quien descubriste que la desnudez es un todo inabarcable. Tampoco la quieres como a la madre de Leslie, cuyo nombre has sepultado en el falso olvido, porque lo único bueno que te dejó fue una hija que está lejos de ser lo que querrías. La lista sigue mientras miras las caderas anchas, la panza un poco floja y la celulitis de Tamara. Es injusto compararla con las otras mujeres. A ellas las conociste en mejores épocas. Para ellas y para ti. A Tamara comienzan a pesarle los años y, pese a ello, coge rico.

Además, está disponible. A un telefonazo de distancia. Y eso la vuelve superior a todas las mujeres que habitan tu pasado.

Toman las cosas con calma. Ya no son dos adolescentes impulsivos. Dejas el arma, la placa y tus llaves en el buró. Te descalzas. La chamarra la cuelgas en la silla. Te recuestas. Tamara se tiende a tu lado. Con un dedo acaricia tu pecho. Una escena mucho más íntima que sensual. Tanto, que te preguntas si no harías bien en llevarla a tu departamento, en pedirle que se mude contigo. Todo sería más fácil. Al menos para ti. Ella tiene marido y dos hijos a punto de entrar en la

adolescencia.

Nada que importe.

Acercas la boca hasta sus labios. Saben a tabaco, a café, a chicle de yerbabuena. Sientes su cuerpo inclinándose. Tu mano en su espalda evidencia una lonja bajo el brasier. Tampoco importa.

Cuando te baja el pantalón se topa con tu sexo apenas hinchado. Juguetea con él entre los dedos, lo aprieta. Se reacomoda para llevarlo hasta su boca. Apenas crece. Te observa en contrapicada. La imagen resulta atractiva. La punta de su lengua aún juguetea con tu incipiente erección. Sus ojos preguntan algo que no sabes responder.

Te incorporas para no dar explicaciones.

De pie, Tamara te abraza, apretando sus tetas contra tu pecho. Le acaricias las nalgas como un acto reflejo.

Nada.

La volteas. Acomodas tu sexo y la acaricias. Pronto descubres su humedad. Un breve gemido confirma su excitación.

Nada.

Voy al baño. Anuncias antes de desaparecer. La imagen de su cuerpo desnudo, anhelante, te palpita como una afrenta invisible.

Giras el maneral. El agua debería bastar para relajarte. No te preocupa tanto decepcionar a Tamara como no conseguir una erección. ¿Cuántos días han pasado sin pensar en una mujer? El agua está caliente, como te gusta. El espejo pronto se empaña. Dejas la camisa sobre el excusado. El cuello luido te entristece. Dejas que el agua te irrite la piel. Aunque sólo buscabas cierto sosiego, la costumbre te lleva a enjabonarte. Te enjuagas con agua tibia. Descubres que no tienes ganas de coger. Ni tantitas. Retardas tu salida. El agua cayendo sobre tu cabeza.

El grito de Tamara fractura cada partícula de vapor.

Mientras te precipitas chorreando fuera del baño, intentas recordar dónde dejaste la pistola. Sin duda, en un lugar diferente a donde la encuentras. Carmelo la sostiene. Apunta a Tamara, a ti mismo. Su mirada no acusa recibo de tu aparición. Se limita a quitar el seguro del arma.

Buscas una serie de palabras suficientes para revertir tu desventaja. No hay tal. Estás desnudo, escurriendo, frente a un sujeto al que humillaste. Un sujeto apuntando a Tamara, también sin ropa. Sientes un pálpito intenso, te estremeces.

Aunque sabes que es imposible, escuchas el balazo antes de descubrir que Carmelo ha disparado. El cuerpo de Tamara se precipita, desmadejado. El arma apunta a ti, moviéndose de un lado a otro. Piensas en el recuerdo que le quedará a Leslie cuando se entere de que su padre fue asesinado junto con su amante en un motel barato. De seguro sonreirá con sorna mientras intenta acercase a los hijos de Tamara. Eso, si decide presentarse en tu funeral.

No piensas en la imagen de Leslie que querrías llevarte a la posteridad.

Carmelo abre la puerta. Se ríe. La pistola apuntando hacia tu miembro. Un temor ancestral te recorre pero él se limita a aventar el revólver al otro lado de la cama. Un segundo después ha desaparecido. Miras hacia un lado. El cuerpo de Tamara se está rodeando de sangre. Sientes frío. Entonces te percatas de tu erección. Una lástima tener que desperdiciarla.

No puedes sino pensar que Carmelo lo planeó todo con el mayor detalle: dejarte en un cuarto de hotel, con tu amante muerta por un disparo de tu propia pistola. Brillante. Sobre todo, considerando que no tienes muchos amigos en la ciudad. Al menos no del tipo que necesitas. No te imaginas llamándole al comandante Alvariño para decirle que estás en un problema. Tampoco puedes huir, dejando el cuerpo de Tamara sobre un charco de sangre. En estos moteles hay cámaras de vigilancia y anotan el número de las placas. Más de un crimen se ha consumado en estos edificios. Pero eso es algo que Carmelo no podía saber. Así que sólo te queda reconocer que las cosas fueron producto de la casualidad y que le salieron bien al desgraciado.

Qué milagro. Te responde una voz sin entusiasmo, proveniente de otra época. De otra vida, incluso.

Tengo un problema. Dices sin preámbulos y luego le das los detalles necesarios.

Llego en un par de horas. Responde La Amarilla Nelson sin hacer más preguntas.

No te queda más que esperar. Te vistes. Ordenas un sándwich que recoges por la trampilla de la puerta. A cada mordida sientes el pálpito de la venganza. Ojalá La Amarilla Nelson no demore demasiado. Tienes sed pero no quieres pedir un refresco. Tomas agua del grifo. No será esto lo que te mate. Piensas en los dos huérfanos que aún no se enteran de su tragedia.

A La Amarilla Nelson lo conociste cuando tú eras el comandante Zuzunaga. Él se encargaba de los archivos. Sobre todo, de hacer perdedizo lo que conviniera a los jefes, a ti mismo. Varias veces le pediste desaparecer un expediente. También hacía algunas falsificaciones. No muchas ni muy complicadas: cambiar fechas y nombres en los documentos oficiales. Te caía bien su diligencia. También su silencio. No juzgaba, tampoco exigía más de lo justo. Si algo podía sacarle una sonrisa eran sus nietos. A veces bajabas hasta su sótano para escucharlo hablar de ellos. Sus primeros pasos, la escuela bilingüe. Sí, era corrupto como todos pero no buscaba ostentarlo. Lo hacía para garantizarle a los pequeños un futuro alejado de tanta podredumbre.

Los asesinaron junto a su hijo, su nuera y dos sobrinos.

Obra del narco, dijeron. Del narco y del gobernador, le explicaste más tarde. Estabas involucrado en el caso. Los sobornos habían dejado de fluir y ustedes incautaron un camión lleno de heroína. Era sólo un aviso, algo más o menos común. Tras las ruedas de prensa y varios fajos de billetes, se lo devolvían a su dueño y tan tan. Pero los narcos tenían su propia guerra. Eligieron los objetivos fáciles, la familia de La Amarilla Nelson. Otro aviso de vuelta.

Capturaron al Boby, el segundo del cártel. Tú mismo lo llevaste a la oficina del gobernador. Ahí lo esperaba junto con su hermano, tomando whisky caro. Te ofreció una copa que rehusaste, pese a que sabías de sus delicias. Los escuchabas hablar de los cargos, del homicidio, de las drogas y de cómo lo liberarían.

A La Amarilla Nelson le llegó una orden, infausta: falsificar el acta de defunción de los suyos para exonerar al asesino. Él supo tragarse el dolor y contener la rabia. Tú no. Le diste el pitazo a la banda rival. Acribillaron al Boby a la salida del reclusorio. El gobernador sospechó de ti pero no pudo probar nada. Por eso te mandaron a otro estado, a picar piedra de nuevo.

La Amarilla Nelson fue el único en despedirse. La mano le temblaba. Ya no había luz en sus ojos ni futuro en sus palabras.

Lo que se te ofrezca, Cipriano. Nunca te había hablado por tu nombre. Fue lo último que te dijo. Por eso le hablaste. Ahora se te ofrece algo.

Su mirada se pierde entre las bolsas de los ojos y las arrugas. Es un hombre viejo, envejecido. Si acaso conserva la fuerza la ocupa en

apretar tu mano. Se queda viendo el cadáver de Tamara. Sigue en la misma posición, tan expuesta su desnudez como cuando perdió la vida.

No será fácil. Sentencia antes de pedirte las llaves de la patrulla. Su ubicación.

Desaparece sólo para volver minutos más tarde. Juegas en tu celular. El inconfundible sonido de la cortina metálica que protege la intimidad de los huéspedes rompe la tensión y pierdes la partida consistente en alinear gemas del mismo tipo.

Vacían la cajuela juntos: mantas, líquidos limpiadores, impermeables y guantes de hule.

Acomodan una lona al lado del cuerpo. Lo giran para acomodarlo sobre ésta. Sientes un pálpito de deseo más cercano a la nostalgia cuando Tamara queda boca arriba, las piernas separadas.

La Amarilla Nelson parece entender y sale para dejarte a solas pero no sientes culpa. Si acaso algo de gratitud. Para ti los muertos no son más que eso. Cuando vuelve, ya la has tapado por completo. Tardan en introducir la mortaja en la bolsa para cadáveres. Aún tiene el código del expediente atado a los cierres. Corren los tres cinturones.

Cuando depositan el cuerpo de Tamara en la cajuela del coche de La Amarilla Nelson te das cuenta de que ha caído la tarde. La penumbra casi sólida te hace sentir el peso de tu cansancio.

Ya puedes irte. Más que una autorización, la voz de La Amarilla Nelson expide una orden.

Quieres poner reparos: falta limpiar, no puedes dejarlo ir a solas con su carga, cómo se deshará del cadáver… Callas. Sabes que él ya debe haber considerado todo eso. Tomas las llaves que te extiende. Lo miras justo a la rendija que producen sus párpados.

¿Fuiste tú?

Niegas con la cabeza.

¿Sabes quién fue?

Asientes.

¿Irás por él?

Alzas los hombros. En verdad no lo has considerado y te sorprende tu respuesta. En otra época, esa otra época en que La Amarilla Nelson era un hombre feliz, habrías puesto todos tus recursos enfocados en la tarea de la venganza. No por Tamara ni por el cariño que llegaste a sospechar que le tenías; el mismo que ya se ha deslavado. Por ti. Hiciste cosas muy desagradables por afrentas menores. Ahora ni siquiera tienes esos recursos.

Me debes unos tragos. Su apretón sigue siendo fuerte. La mano tersa, sin la aspereza de la edad.

Dejas los guantes en la cubeta. Sales. La noche tiene una densidad acuosa. Te resulta extraño caminar por el estacionamiento del hotel. Encuentras la patrulla donde La Amarilla Nelson la estacionó. Es un poco delante de la salida. Dormitas un rato. Te despiertan unas luces como tantas otras. Ves el coche de La Amarilla Nelson incorporándose a la avenida. Arrancas.

Cuando das la vuelta, alcanzas a ver cómo se aleja la carroza fúnebre de Tamara.

Sabes que, de irte a casa, la noche estaría llena de imágenes. Una muerte suele ser dura. No sólo por la pérdida sino por todo lo que descoloca en el pensamiento. Es fácil confundir a los recuerdos, suplantar a las personas relevantes. Si piensas en La Amarilla Nelson te aterra la muerte de Leslie. Si vuelves a la imagen de Tamara te duele la ausencia de dolor de tu propia hija.

Para no convocar a los fantasmas decides dar vueltas. El Fresno es un lugar sombrío por las noches. Muchos perros callejeros, escasa iluminación y muy pocas personas. En una de las calles del fondo varios muchachos toman caguamas frente a una tienda abierta.

Te detienes. Es por completo diferente a El Estío 24 horas del otro lado de la colonia. Ésta también es recaudería. Cierto olor fresco se pierde en el piso cubierto de cartón y aserrín. Pides pan y leche. Sólo eso. Dejas las monedas sin contarlas.

Al salir muchas risas. Se burlan de la leche y muestran con ostentación sus cervezas. Los muchachos no son tan jóvenes como creíste. De hecho, de juventud sólo les restan las camisetas deportivas. Silencio. Uno da un paso decidido hacia ti. Los ojos hinchados de alcohol. Atrás, uno sonríe apoyado en sus bastones. Sus piernas raquíticas. Le faltan dientes. Percibes un tubo en su mano. Te mueves con lentitud. Apenas un poco. Lo necesario para mostrar tu pistola. Recula de inmediato. Desenfundas. Apuntas a cada uno de ellos. Simulas disparar. La sonrisa desaparece del inválido.

En la patrulla alcanzas a percibir el chiflido con que te insultan. Frenas de golpe. Salen corriendo. Dejan al de los bastones peleándose con su propio peso. Balanceándose. Aceleras de nuevo. Das vuelta a la derecha y detienes la patrulla unas cuadras más adelante. Comes sin dejar de ver el espejo retrovisor.

Una sombra cruza frente a ti. Tardas unos segundos en reaccionar: es Guido. Enciendes las luces. En ese momento echa a correr. Va con el uniforme de El Estío 24 horas. Eso explica mucho, sonríes aliviado. No aceleras. Te limitas a seguirlo a unos cuantos metros. Se detiene en una casa con las paredes desconchadas. Forcejea con la cerradura. Antes de entrar voltea a mirarte, su cara iluminada por los faros. No es Guido.

Sientes el cansancio como un hormigueo. Conduces a casa con la certeza de que no será una buena noche.

En cuanto suena el teléfono sabes que es el comandante Alvariño. Respiras profundo. No es absurdo pensar que ha descubierto lo de Tamara.

Diga. Contestas con un hilo de voz que enmascaras con una carraspera.

Ya nos cargó la chingada, pinche Zuzunaga. Se ríe. Eso rima, ¿verdad?

Le respondes con otra risa. Falsa.

¿Dónde estás?

Haciendo la ronda de la mañana.

Jálate p'al Fresno, a ver si conseguimos algo.

¿Al Fresno?

Sí, pues. Suelta seco y te da las indicaciones.

Y a ver si ya resuelves este desmadrito o todos vamos a acabar más jodidos que tú. Cuelga de golpe. Esta vez sin risas.

Enciendes las luces de la patrulla y manejas hasta toparte con una pequeña multitud frente a un terreno baldío.

El cuerpo apenas está cubierto por un calzoncito rosa. Tiene buena nalga, piensas de inmediato. Sin emoción. Descubres que no te excita. No necesitas acercarte para saber que es Cherry y que está muerta.

Alzas la voz para pedir que nadie se adentre al terreno. No tienes cinta para delimitar el área. Tecleas un mensaje rápido al comandante Alvariño: "Es Cherry, la novia". Responde pronto, informándote que los peritos forenses van en camino.

Escuchas con precisión cómo las hojas secas revientan bajo tus pisadas, cómo se mueven pedruscos a tus pasos. Llegas hasta ella. Su cara tiene trazas infantiles. El cabello desvanecido sobre el suelo. No hay maquillaje. Está casi de costado. Sus tetas cubiertas por el brazo que cae con timidez. La marca de la vacuna en el hombro derecho. Su

expresión casi es de alivio. No hay huellas de tortura. Al menos, no de las que se perciben a simple vista.

Te agachas para toparte con sus ojos cerrados. Tocas su mejilla con un par de dedos. Es suave. Está fría. Lleva muerta un buen rato. Olfateas. Aún no lo suficiente para expeler los humores mortuorios.

En el suelo, una hilera de hormigas parece dudar. Se acercan al cuerpo, agitan sus antenas, regresan. Rompes la continuidad de su tránsito con tu zapato. El ulular de las sirenas incrementa el volumen de los murmullos.

Un técnico llega a tu lado. Saluda con un monosílabo. Otros dos más lo siguen. Por último, un hombre trajeado. De la Procuraduría. Te informa que ellos se harán cargo. Te agradece y espera a que te retires. Retrocedes hasta instalarte en el límite entre el terreno y la banqueta.

“Llegaron los de la Procu”, tecleas rápido. No quieres separar la vista de las maniobras. Los técnicos abren una bolsa para cadáveres, extienden una camilla. No toman muestras de tierra, tampoco de pisadas. Su labor se limita a recoger el cuerpo pero lo hacen con torpeza. La acuestan boca arriba. Sus tetas cayendo hacia los lados. No hay recato para quien se ha ido.

Varios gritos de desagrado se escuchan a unos cuantos metros. El Matape se distingue entre los espectadores. Está de pie. La sábana caída. La mano en su miembro erecto, frenética. La mirada en el sitio justo de las maniobras. No responde a los gritos, al par de empujones. Es un hombre más grande de lo que creías.

El cierre de la bolsa se desplaza para ocultar a Cherry. No pasan las correas. Las dejan colgar a los lados. Suben el cadáver a la camilla.

El Matape babea y lanza sonidos guturales. Se le nota frustrado. El miembro enrojecido recuerda al de un perro. Da dos pasos hacia el frente, hacia la bolsa cerrada. Lo detiene una mano tosca. Las arrugas del viejo contrastan con su firmeza. No parece perturbado. Tal vez apenas haya cierto brillo en su mirada. También mira el cuerpo casi desnudo. Debe ser el padre. Consigue detener al Matape mientras la camilla pasa a un lado.

Se sigue masturbando. El hilo de baba cae hasta su mano. El lubricante necesario para la relación con una mujer poco dispuesta. Antes de que la camilla llegue a la camioneta, un joven envuelve al Matape con una sábana. Le faltan dientes. Los incisivos. Una ventana se abre cuando se esfuerza. Debe ser el hijo.

Una idea recula antes de anidar. Las botas del Matape vuelven

patética su sordidez.

“¿Encontraste algo?”. Pregunta el comandante Alvariño.

“Aún no”. Respondes mientras ves al trío alejándose. Las palabras brillan en la pantalla.

Poco puedes hacer en el terreno baldío. La multitud se ha disgregado. Apenas quedan unos cuantos curiosos. Caminas con tiento, buscando huellas, pero el clima es seco. Si las hubiera no tendrías forma de descartar las de los técnicos.

Te detienes en el sitio justo donde estaba Cherry. Sus nalgas expuestas son una imagen que regresa. En otra circunstancia cerrarías los ojos para disfrutarlas un rato más. No ahora. Se desvanecen. La memoria hace ese tipo de jugadas. Las casas que flanquean al terreno no tienen ventanas hacia acá. Al frente, al menos una docena de construcciones desde las que podría verse algo. Te invade la pereza. No irás a interrogarlos. Los secuestradores ya son asesinos. Asesinos con suerte, rectificas.

Un pálpito te sorprende. Algo te incomodó hace unos minutos pero no logras identificarlo. Es la segunda vez en pocos días, con el mismo caso. Debe ser la edad o el desinterés. Descubres que no te resulta demasiado atractiva la promesa del comandante Alvariño.

Dejas la patrulla estacionada. Caminas hasta el puesto de jugos. Son apenas tres cuadras. Vas con la expectativa puesta en encontrar al Matape en su sitio habitual. Envidias su libertad de masturbarse cuando se siente excitado. Nadie más habría confesado sus pulsiones frente al cadáver. Desechas la idea por absurda. El Matape no está. Pides un licuado de mamey y te dispones a las preguntas de tu interlocutor. Buena persona el juguero.

La noticia se difunde por doquier. Los periódicos vespertinos incluyen en sus portadas una fotografía del cuerpo de Cherry. No tienes idea del momento en que la sacaron. Lo cierto es que tiene buena resolución. Se alcanza a ver la piel marcada por el elástico del calzoncito a medio centímetro de su posición final. Eso sólo puede significar que el fotógrafo llegó antes que tú y que manipuló el cuerpo. Ya sea moviéndolo, ya acomodando la prenda. Hizo un buen trabajo. Terminó pronto, nadie se enteró. Además, consiguió imprimir un alto nivel de erotismo a la imagen mortuoria. Es natural pensar en Cherry como una mujer deseable. Nada que ver con el cuerpo de Tamara, pese a su desnudez.

Los programas nocturnos también se ocupan de la noticia. Algo inédito en un país con tantos muertos, con tantas muertes. Cherry no

es una muerta cualquiera. Los medios apenas tardaron en relacionarla con Juan Perea. Con el diputado Manrique.

Te detienes en una taquería. Dicen vender tacos árabes. Es falso. Ordenas con hambre. La tele sintonizada en el noticiero. El presentador da algunos detalles del caso. Anuncia un mensaje después del corte. La carne no es muy buena. Contrarrestas el exceso de grasa con limón y salsa. Las tortillas se rompen.

Vuelven de los anuncios. Al lado del conductor el diputado Manrique. Confirma que, en efecto, el cadáver encontrado pertenecía a la novia de su hijo. Se le quiebra la voz. Hace una pausa. Toma un trago de agua. Intenta recuperarse pero cae de nuevo. Sus lágrimas recorren un terreno desconocido. Se disculpa por el exabrupto. Así lo dice. Una mano del conductor se posa en su brazo. Asegura estar consternado por lo sucedido a Cherry. Apoyará a la familia en lo que sea necesario. Incluso les manda un abrazo; entiende bien su dolor. Su voz se quiebra de nuevo. Sus palabras suenan sinceras.

Reitera su oferta: su retiro de la vida pública a cambio de su hijo. Ya se ha olvidado de Cherry. Siguen sin pedir rescate, asegura, pero pone a disposición de los secuestradores todos sus ahorros, producto de tantos años de servicio desinteresado. Luego menciona una cantidad que suena ridícula: el equivalente a un año de su sueldo. Eso vale la vida de su hijo: un año de trabajo sin contar los ingresos extras que, de seguro, superan con creces a los legales.

Al menos, vale mucho más que la de Cherry.

Pides otra orden de tacos. Sonríes al ver los intentos del diputado por seguir en su papel de víctima mientras responde preguntas. Un hijo de puta sabe reconocer a otro. Cargas el taco de salsa. Aunque debes aceptar que hay niveles.

Al menos no eres el peor padre del mundo.

El arma te temblaba en las ansias. Era un revólver viejo, usado. Sólo conseguiste tres balas que acomodaste seguidas en el tambor. Al llegar a casa, apuntaste una y otra vez a diversos objetos. Simulabas apretar el gatillo pero no disparabas. Era de noche. Las detonaciones habrían despertado a los vecinos.

Te levantaste tarde. Sacaste la pistola del cajón. Tu padre te recibió con una mirada de reproche. Olía a mierda. Quién sabe desde qué hora lo habían vencido los esfínteres. Ya no tenías la intención de limpiar una vez más su culo reseco, las sábanas manchadas.

Le mostraste la pistola, orgulloso. Su semblante se tornó sombrío, apenas el trazo de un dibujo sin color. Había pasado casi un mes desde su petición de ayuda. Consideraste todo: envenenarlo, dejar que muriera de hambre, ahorcarlo con tus propias manos.

Optaste por el balazo.

Entornó los ojos. Recordaste la violencia que solía anticipar esa mirada. No ahora. Era más una manifestación de fuerza, como si no hubiera estado seguro de que terminarías con su vida.

Apuntaste a su cabeza. La pistola emitió un chasquido. Sacaste el tambor para alinear la bala. Cuando volviste a verlo, tu padre lloraba. Le apuntaste al pecho. La detonación fue una espiral de ecos.

Las almohadas lo detuvieron en su sitio. No había muerto. Apenas un agujero en la tela, cerca del brazo. Más que el dolor, la incredulidad se hizo cargo de su rostro. Hacía un esfuerzo por murmurar algo. Tal vez arrepentido por su petición. Incapaz de creer que su hijo estuviera cumpliendo con su mandato. Aunque fuera por compasión, ésa no era una forma de matar a un padre.

Alzaste el brazo. Un nuevo eco contenido en ese cuarto. El agujero en medio de la frente. El hilo de sangre alcanzando a las lágrimas.

Ahora sí estamos a mano. Concluiste.

Una semana después ingresaste a la academia. Era eso o convertirte en criminal.

¿Viene por un café? La pregunta suena sincera.

Asientes. Desaparece el dueño del videoclub. Caminas por entre los estantes. Están polvosos. También las películas. Casi se podría medir su popularidad a partir de la capa que las cubre. Sabes poco de cine pero te topas con cajas ridículas salidas de otras épocas que nada tuvieron de gloriosas. Ya ni siquiera las trasmite la televisión abierta.

El único anaquel limpio es el de la pornografía. Tiene su lógica pero tampoco durará. Es más sencillo conseguir el material en Internet. Imaginas a ancianos libidinosos o arrepentidos rentando, una y otra vez, la misma película.

¿Quiere una? Se la regalo. Interrumpe el dueño. Trae dos tazas de café en las manos. Hay varias buenas, clásicas.

Niegas con la cabeza. Tomas una de las bebidas. Su simple olor te cambia el ánimo.

Soy Arcángel. Dice y extiende la mano.

Cipriano. Respondes. ¿Podemos subir?

Te refieres al tapanco. Quieres disipar las dudas que tienes respecto al video pero, también, sentarte. Cómodo. Un café así lo amerita. Y justo eso haces. El primer sorbo tiene un ligero regusto a tierra, a profundidad. Cierras los ojos sin dejar de percibir esos humores.

Si me vendieras una taza al día tendrías más ingresos que con los videos. Sueltas sin pensarlo. Tuteándolo. Hasta parece la frase hecha de un seductor.

No se crea, no me va tan mal. Revira. Además, eso lo convertiría en mi cliente y usted me cae bien.

No consigues desentrañar el sentido último de esa frase. Da igual. Te reclinas mientras Arcángel va pasando centenares de imágenes en la pantalla. Llegan, de nuevo, a la noche del secuestro. Te concentras, intentando descubrir los motivos de tu pálpito. Las intuiciones nunca son gratuitas. Algo las genera y debes descubrirlo.

El coche fuera de la escena. Juan y Cherry entrando a cuadro. Luego a la tienda. Las luces distorsionan lo que sucede atrás del ventanal. La pareja saliendo del sitio, de la escena.

Sólo eso. Dos, tres veces más.

Casi sabes lo que te inquieta. Es como cuando se desea decir algo y las palabras no salen de la boca. No es ignorancia ni incapacidad. Es un lapsus, algo que no termina de embonar. La ficha de rompecabezas correcta en el lugar correcto a la espera de ser girada. Así de cerca. Así de lejos.

Una imagen interrumpe tu proceso. Le pides a Arcángel que se detenga. Es Guido. Enfundado en el uniforme de El Estío 24 horas. Está saliendo por la puerta. Mira hacia los dos lados de la calle. Regresa al interior.

¿Es Guido? Te preguntas en voz alta.

Sí, es el hermano de Cherry, la jovencita que encontraron… Arcángel se interrumpe cuando te le quedas mirando. Quién sabe qué cara habrás puesto.

¿Lo conoces?

Arcángel asiente con la cabeza. Luego habla.

Por aquí todos nos conocemos. Sobre todo si llevamos mucho tiempo en la colonia. Responde y hace una pausa.

Luego te cuenta más cosas.

De niños los llevaban sus papás una o dos veces al mes para rentar una película. Era una buena época entonces. Luego dejaron de ir juntos. Como a los dieciséis años Guido y sus amigos intentaron rentar pornografía sin éxito. Ante la negativa, dejaron de aparecerse por ahí.

Hace cosa de un año o año y medio, cuando empezó a trabajar enfrente, volvió a la tienda. Ya tenía edad para rentar lo que quisiera. Arcángel tuvo ciertos reparos. La fama de Guido lo antecedía: borracho y un poco chemo. Aceptó porque venía con algún amigo y tenía un trabajo fijo. Cada semana rentan una o dos películas porno.

Lo que más te sorprende es que Guido no sea un viejito libidinoso. Da igual. Sientes el impulso de ir a hablar con él. Tu taza aún pesa. Tienes tiempo. Sorbo a sorbo dejas que trascurra la mañana, que se diluyan las imágenes de tu padre que te visitaron por la noche.

Cuando sales del videoclub te sientes renovado.

Lo espero pronto. Se despide Arcángel en la puerta.

Pronto. Pronto. El sol te deslumbra en su intensidad desnuda.

Una escalinata conduce desde la puerta hasta las capillas ardientes. Son doce. Del Estado. Doce dolores ajenos que confluyen en los mismos escalones.

Subes sin ánimo. Detestas los velorios, el ritual del pésame. No te queda claro lo que vienes a buscar. No vienes a dar consuelo. No sabrías cómo hacerlo. Tampoco a desentrañar el gesto vago del posible homicida a la hora de ofrecer sus condolencias. Mucho menos a regocijarte por el dolor, porque la muerte de Cherry le queda lejana a tus afectos. Tal vez quieres expiar alguna culpa. Por no haber ido al velorio de Tamara, por ejemplo. O al de tu padre.

Los pasillos se bifurcan geométricamente. Seis capillas en el primer piso. Otras tantas en el segundo. Las ventanas del lado de las escaleras abiertas por completo. Los fumadores acodados en el barandal. Nadie hace que la ley se cumpla en estos derroteros. Hay más sonrisas que lamentos.

Entras al velorio de Cherry, las manos en los bolsillos. Una señora dirige un rosario. La respuesta a manera de cantinela te aburre; las cuentas que van pasando entre los dedos. Reconoces a unos cuantos habitantes de El Fresno. Guido te observa desde atrás de sus lentes oscuros. Las manos en los bolsillos del pantalón ocultan sus temblores. Apenas. Se agacha para decirle algo a su padre. Alza el cuello, se esfuerza por localizarte desde su silla de ruedas. Jala la manga de un señor de pie a su lado. Hablan de ti, es claro. Prefieres ignorarlos para concentrarte en el dolor esculpido en el rostro de la madre de Cherry. Tan parecido que debe ser al de los hijos de Tamara. Tan parecido y tan diferente: en ellos debió haber mucho de duda, de sometimiento

de las razones al ánimo.

Oficial. La voz es queda, perentoria.

Volteas por toda respuesta.

Me pide la familia decirle que se retire, que respete este momento… Reconoces al sujeto con quien habló el padre de Cherry.

No lo dejas terminar. Alzas los hombros, das la vuelta y deshaces el camino lleno de dolientes y volutas de humo.

El aire fresco te despeja. Una sombra a la derecha, hacia donde dejaste la patrulla. Es pequeña. Tardas en reconocer a una madre con un bebé. Hace frío. La noche no suele ser amable con los pequeños. Es hasta que estás a un par de metros que reconoces a Nat. Solía hacer malabares en uno de tus semáforos. No debe tener más de quince años. La cara sucia, manchada. El bultito duerme. Nat desapareció hace varios meses.

Hola Nat. Tu tono es suave.

Su mirada se carga de suspicacia. No huye. No te teme. Como si la bebita sirviera de salvoconducto.

¿Es tuya?

Asiente. La voz es más profunda que su cuerpo menudo.

¿Qué haces aquí, a estas horas?

Dan buena lana. Responde señalando los velatorios.

No le preguntas por qué trae a la niña. Sabes que sin el bultito en brazos obtendría mucho menos. La compasión se fragua en la piedad tanto como el patetismo.

La dejas continuar su camino. Una niña cargando a otra.

Nat. Alzas la voz ahora que se ha alejado unos metros.

Se detiene apenas.

¿Quién es el padre?

Carmelo. Responde antes de continuar su camino.

Sientes cómo se desplazan tus vísceras, cómo el odio vuelve a palpitar, cómo la imagen de Tamara se apodera de tu ritmo respiratorio. Das la vuelta. Caminas hacia ellas. Detienes a Nat por el hombro. No dice nada. Sólo sus ojos grandes cargados de tristeza. En verdad es apenas una niña.

La bebé despierta. Su cara también está sucia. Notas que el mameluco le queda chico. Su llanto es un vagido que se pierde en la explanada de los velatorios. Su mirada no tarda en acostumbrarse a la oscuridad.

Nadie se merece una vida como la que les espera.

Si es que alcanzan a sobrepasar los meses juntas; los años.

Sacas un billete del bolsillo. Un pálpito de odio vuelve a acometer. Lo estrujas junto con el dinero. Tomas la mano libre de Nat y ahí lo dejas. Sonríe. La bebita está quieta, sus ojos perdidos en la inmensidad del mundo.

Cuídala. Cuídense.

Sientes el rencor apaciguado. Hay demasiado dolor en este sitio.

La voz del comandante Alvariño suena más cansada que la tuya.

La estrangularon.

Una leve llovizna se va impregnando en los cristales de la patrulla. Manejas lento, mientras escuchas los datos que arrojó la autopsia. Nada que rescatar en medio de esa nube de tecnicismos. Las luces de los otros coches se difuminan y se ensanchan. Como si escaparan de ti hasta que ya están demasiado cerca. Por eso entregaron el cuerpo tan rápido. No había mucho que buscar. Cada inmenso cono de luz se aloja como un diminuto punto brillante dentro de todas las gotas que pueblan el parabrisas.

Hasta parece que la trataron con cuidado. Concluye el comandante Alvariño con voz pastosa.

Tardas en responder. La lluvia arrecia. Sólo un poco. Detienes el auto. Prometes averiguar algo pronto. Más te vale, sugiere su voz cansada. Se despiden. No te interesa tanto el resultado de la autopsia como la última frase del jefe. Es la que se queda habitando los minúsculos destellos frente a ti.

Hay personas que nunca han recibido el cuidado suficiente. Cierras los ojos. El cuerpo de Cherry descansa en la misma posición que el tuyo. Sientes cómo el cansancio acumulado se disipa; el hormigueo en la espalda. Las primeras imágenes de tu sueño son de lluvia. De lluvia y una pequeña de quince años incapaz de guarecer a una bebita.

Presionas el timbre con inseguridad. No sabes bien cómo dar un pésame después de ser echado del velorio. Esperas escuchar el rechinido de la silla de ruedas o el taconeo de la madre de Cherry. En su lugar, apenas una sospecha. La de que alguien está recargado al otro lado de la puerta. Alguien que sólo podría ser Guido. Tocas de nuevo. Quizá haya suerte y esté solo. Antes de que tu mano alcance de nuevo el timbre la puerta se abre.

Apenas está vestido. Una playera sin mangas hasta el ombligo. Un bóxer entallado. Algo de thinner o de cemento en sus ojos.

No esperas a que te dé el paso. Lo empujas hacia adentro. Su cuerpo rezumando la acidez del sudor. Su cuerpo tibio, elástico. Antes de que preguntes te informa: sus padres salieron con unas tías, para pasar el mal trago del luto. Deberías volver más tarde.

Bailotea en medio de la sala. Quizá sean metanfetaminas. Te cuesta separar la vista del bulto bajo la tela elástica. Maldita sea. A estas alturas de tu vida te empiezan a gustar los muchachitos. Carmelo. Guido. Los muchachitos sin futuro.

Tú sabes algo más de tu hermana y me lo vas a decir. Deletreas las palabras mientras te dejas caer en el sillón.

El pánico se apodera de su mirada. Acertaste. Niega con la cabeza. Compulsivamente. Comienza a caminar en círculos. Te da la oportunidad de observarlo todo. Las nalgas caídas, las piernas fuertes. Poca grasa. Si fueras puto serías la parte activa. Nunca le darías la espalda a un sujeto como Guido.

Golpeas la mesa. Uno, dos, tres. Él sigue con su danza. Le das tiempo. Algo te dice que no necesitas presionarlo más. Te equivocas.

No sé nada… nada… lo juro… a Cherry yo la quería… no lo sé… era mi hermana… me cuidaba… no lo sé… en serio… La retahíla continúa. Cada vez más atropellada. Más veloz.

La detienes de un golpe fuerte sobre la mesita al lado del sofá. Una figura de cerámica barnizada cae al piso, haciéndose pedazos. Guido transita del miedo al odio y vuelve de regreso.

¿Así que nada?

De nuevo la oscilación de su cráneo, con nuevas vueltas alrededor de la sala. Aplaudes para llamar su atención, para detenerlo.

¿Se te antoja? Te agarras la entrepierna con una mano. Sientes una erección a medio camino.

La mirada de Guido se torna indescifrable. La clava en la tuya. Tal vez evalúa posibilidades. Alzas las cejas, preguntando. Le regalas una sonrisa. La responde a medias. Bajas la mirada hasta tu mano. Guido asiente. Da un paso hacia ti. Su cuerpo joven. Se arrodilla. Tu erección crece. Sus manos sobre tus piernas. No estaría mal probar con él. Respira profundo. Está disponible, es vulnerable. Toma tu cinturón.

El rodillazo le revienta la boca. Se incorpora a trompicones, como animal herido. Lo acorralas contra la pared. Su aliento destila bilis.

¿Crees que soy puto? El grito vuelve aguda tu voz.

Guido alza los hombros, forcejea.

Tu mano es una garra que lo toma de los huevos. Ahoga la queja. Apenas una capa de licra. Aprietas. Gime. Sopesas el bulto. Aprietas más. Una lágrima se descuelga de su odio.

Dime quién mató a tu hermana.

Relajas la presión. Respira. ¿Y si aprovechas para meter la mano dentro de sus calzones?

No sé. El lagrimeo se intensifica. No sé.

Aprietas mucho. Se doblan sus rodillas pero lo sostienes entre la pared y tu cuerpo.

… ni siquiera fui a trabajar esa noche… estuve aquí… Su voz apenas es un hálito.

Aflojas la presión. Tardas en comprender lo que ha dicho. Tardas demasiado. Su cuerpo se escurre. Escapa. Sale corriendo. Cuando llegas al quicio alcanzas a ver su figura doblando por la esquina. Cierras bien la puerta antes de irte.

¿En realidad tu padre había sido tan malo? ¿Tanto como para matarlo? Una muerte es una muerte aunque sea a petición del interesado. Responder es difícil. Para hacerlo necesitas depurar más de veinte años de recuerdos que no corresponden del todo con lo sucedido. La verdad caduca. Si acaso restan de ella algunos flashazos, inciertos. Como su ausencia cotidiana. La tuya fue una niñez sin padre. Trabajaba como camionero. Aparecía cada semana o cada dos. Ebrio. Necesitado de un receptáculo para su ira, para desfogar las frustraciones. Nadie mejor que el hijo único que aprendió a hacerse fuerte en medio de las vaharadas de alcohol. Una historia repetida tantas veces.

Una imagen se cuela entre tus recuerdos, buscando acomodo. Te gustaría pensar que su presencia siempre fue violenta pero ahora enfocas una escena añeja, salida de un mundo desaparecido. Es él mismo. Con un pequeño juguete en la mano. Tardas en identificarlo. Una lata que al girarse, emitía un mugido. Nunca desentrañaste su misterio. No, no es eso. Es un carrito de metal, una pelotita que bota descontrolada, dos alambres unidos que sólo se pueden separar haciendo los movimientos exactos.

Te recargas contra la pared. El aliento agitado. ¿De dónde salieron esas imágenes? ¿Esa mano infantil que recibía los regalos con frecuencia? Escarbar en la memoria no es sencillo. Se corre el riesgo de descubrir que las certezas son falsas, que has sido un hijo de puta

toda tu vida.

¿Por qué, si no, no aparecieron esos recuerdos cuando compraste la pistola, cuando decidiste que matarías a tu padre cumpliendo su última voluntad, cuando lo hiciste sin remordimientos?

Sientes que el aire no llega. Apartas las imágenes a manotazos. Caminas rápido para disipar a la memoria pero es imposible. Si hasta puedes escuchar el sonido exacto que hacía la lata al voltearse; el mugido saliendo a través de siete agujeros. Por eso te concentras en el caso. Para permitir a tu padre desaparecer de nuevo.

En El Estío 24 horas los clientes transitan entre los anaqueles. Lo tomas con calma. Dos empaques de pan dulce. Un jugo embotellado. Cuando llegas a la caja, impides al cajero pasar tu mercancía sobre el lector de códigos de barras. Preguntas por el gerente. No está. ¿El encargado? Es quien te atiende, a falta de alguien más.

Arrancas la tira impresa de tickets de la caja registradora. La pones sobre el mostrador, le das una pluma y le exiges el nombre de todos los empleados. Tarda un poco antes de completar la media docena. Lo miras con sospecha y agrega su propio nombre. Guido no aparece en la lista.

¿Son todos?

Busca en un cajón y saca otro listado. Es la nómina del último mes. Los nombres coinciden. Hay algo que no cuadra.

Las tiendas de conveniencia como El Estío 24 horas tienen un funcionamiento peculiar. Forman parte de un poderoso conglomerado de empresas, lo que garantiza bajos costos de operación. Para ahorrarse problemas laborales, las ofrecen en un esquema que no es concesión, arrendamiento ni franquicia. Al menos no en el sentido más puro de los términos. Así, las ponen a disposición de un equipo de familiares y amigos. La cadena aporta la infraestructura, las instalaciones, la logística de operación, los proveedores y los precios. El trabajo va por cuenta del firmante. Ya sea que en su equipo haya tres personas o diez, al gerente le tocará un porcentaje de las ventas. Eso sí, no puede salirse de los procesos marcados, las supervisiones son constantes. Parece un esquema diseñado para que todos ganen: no se debe invertir nada y basta tener ganas de trabajar. Eso, hasta que el primero de los empleados falla. Son tiendas 24 horas. El cansancio termina con la voluntad. Además, nunca se enriquecerá gerente alguno.

Sales sin pagar. Subes a la patrulla. Abres una bolsa de pan. Marcas a la comandancia. Te contesta la secretaria del jefe.

Necesito que me averigües quién es el encargado de esta tienda y los datos generales de todos los empleados.

Perdón, ¿quién habla? Es tosca pero no tanto como quisiera. Por eso le hiciste la petición en esos términos, para descolocarla.

El oficial Cipriano Zuzunaga. Respondes con la boca llena de pan.

¿Y por qué no lo averigua usted? Sonríes.

Porque investigo algo que me encargó el comandante Alvariño. ¿Quieres que le diga que me voy a retrasar por esto?

La duda se siente a través de la frecuencia policial.

Le mando la información al rato.

10-4. Respondes con entusiasmo.

Ya no se te antoja la bebida embotellada. Manejas un par de cuadras, apenas rodeando la manzana. El puesto de jugos está vacío. Mejor así. Te acodas en el breve pretil de aluminio mientras preparan tu licuado. De mamey. No está el Matape.

¿Cómo va todo? Te pregunta el juguero al entregarte el vaso. La mezcla es espesa.

Del carajo.

No se dicen nada más. Te sientes a gusto. Hasta te causa cierto pesar la idea de hacer la ronda para cobrar. Ni modo, el trabajo es el trabajo. Sorbes con un poco de esfuerzo. El popote es grueso.

Otra vez no acepta que pagues.

Un aviso de emergencia interrumpe tu recorrido a la mitad. De nuevo El Fresno. Decides ir por si está relacionado con el caso. Manejas rápido hasta llegar al sitio. Está frente a la otra tienda, la de los borrachines. Los reconoces por las cervezas en la mano. Por las miradas henchidas de rencor.

Estacionas al lado de una patrulla. Son uniformados. Sus miradas fijas en la inminente pelea. Sus cuerpos recargados en el automóvil. Saludan con un gesto, te hacen sitio al lado de ellos. Los conoces de vista. Apenas pero es suficiente. De este lado la autoridad. Allá los malos. Por eso te enteras de por qué cinco hombres armados con caguamas rodean a otros dos.

Atropellaron al perro. Se equivocaron. Debieron huir pero se bajaron del coche. No había forma de que los alcanzaran. Hay crímenes que merecen impunidad o cuyo castigo es mayor que la

afrenta.

Localizas al cadáver a los pies del sexto hombre. Es quien padeció polio. El cuerpo entero sostenido por los bastones con abrazaderas. Sostenido entonces por los codos, por el odio que lo hizo levantarse, dejando la botella de cerveza sobre la banqueta.

El amasijo sanguinolento dejó de respirar. El bastón no sirve para reanimarlo.

Una botella se estrella contra el toldo del coche. La mano que la sostiene presume las esquirlas, los bordes mellados, su peligro. Los ánimos se precipitan. El conductor da un paso hacia adelante. Apenas un acto reflejo que detona otro botellazo, con dirección a su cara. Lo esquiva por poco. Da en la ventanilla del automóvil. El vidrio estrellado esparce la luz del día.

Nuevos botellazos sobre el coche. Los policías parecen divertidos. Dos de los agresores someten al copiloto, tomando sus brazos por la espalda. El de los bastones lanza un grito jubiloso. Es urgencia, oportunidad. Se balancea unos metros. Llega hasta él. Le escupe en la cara. Su baba es espesa, oscura. Levanta uno de los bastones y lo encaja en el estómago.

Cuántas afrentas ha tenido que aguantar en la vida para detentar tanto odio. Cuántas burlas y cuántos maltratos. De los mismos que ahora le ceden el turno para atacar.

Grita de nuevo. Es emoción pura, catarsis.

Pinche Cuco, está cada vez más loco. Escuchas a uno de los policías. Lo ignoras para concentrarte en la euforia, los gritos.

Cualquiera pensaría que son adolescentes tras una primera mirada. Los años y el alcohol los han estragado. El cuerpo envejece, las emociones se estancan. Pasan demasiados días aquí, sentados en la banqueta, confirmando lo que el destino les deparó hace dos o tres décadas. Tal vez a su miseria le baste con esperar al próximo incauto que les atropelle un perro. No piden dinero ni reparaciones. Sólo buscan desfogar su ánimo. La frustración añeja. Una miseria muy diferente a la de los callejeros. A ellos les cobras cuota. Es tu derecho. La calle no es suya. Los de acá tienen casa y un rencor profundo. Pero pueden perder lo poco que les pertenece.

Divagas. La imagen de Nat y la bebita te embiste. Si al menos vivieran en un lugar como éste. Tendrían la posibilidad de encontrar una familia, un hombre que mate el tiempo con cervezas en la acera.

El claxon de la patrulla te saca del embeleso. Las luces rojas y azules disipan los miedos de las víctimas. Los atacantes reculan.

Chorros de cerveza se descuelgan por los flancos del coche. Sangre de las narices. Intentan abrir la puerta con torpeza. No lo consiguen. El conductor rebusca en sus bolsillos. Encuentra las llaves.

Presiona el mando a distancia y el destello de las luces te ofrece una respuesta inesperada. Palmeas la espalda de uno de los policías y te apresuras a la tienda de videos. Antes de subirte a tu unidad alcanzas a ver el coche de las víctimas arrancando. Huyen. Una última botella vuela lo suficiente para estrellarse contra él. No se detienen.

Aciertas. Cuando Juan y Cherry pararon frente a El Estío 24 horas, dejaron el coche abierto. Pocos harían eso en su sano juicio. La noche y el barrio no lo permiten. Salvo que Juan confiara mucho en su suerte. Mejor: Cherry conoce el rumbo, no acostumbra cerrar las puertas. Tampoco. No es probable que ella tuviera un coche antes. Otra alternativa: lo dejó así a propósito, cómplice ella del secuestro. Suena mejor. El problema es que, para eso, tendría que ir manejando ella.

Ni cómo averiguarlo. Imposible preguntar a la familia si Cherry sabía manejar, si estaba aprendiendo.

O si las luces del coche no servían.

La lógica te obliga a descartar lo que no puede probarse. Sin embargo. Una idea ronda. Has constatado que es mejor dejarlas. Poco a poco se acomodarán solas. Entonces es cierta tu sospecha. Al menos la tratarás como tal: Cherry, coludida con los secuestradores, convenció a su novio de manejar, quizá él había tomado un poco. Se detuvo en la tienda de su colonia. Dejó abierto el coche para que los criminales se metieran en la parte trasera. El resto fue someter a las víctimas; dejarse someter.

Claro que esto deja preguntas abiertas pero, al menos, es un indicio.

El aroma del café llega antes que la taza. Sonríes. Arcángel se sienta frente a ti y la ofrece. En verdad le sale bien esta bebida.

Se te ve más contento. ¿Encontraste algo? Pregunta y notas que el tuteo no te molesta.

Apenas una idea.

Al terminar la taza, sacas el listado.

¿Los conoces?

Arcángel lee con calma. Niega con la cabeza, luego se ilumina su expresión.

El tercero es el hijo del Matape. A los demás no los conozco. O no sé. Aquí nos conocemos por los apodos. Si me dejas revisar mis

archivos. Pero muchos usan membresías familiares.

Niegas con la mano. Ha sido un buen día. Agradeces el café.

Vuelve pronto.

Afuera, la noche te recibe sin crueldad.

Bueno. La voz de Leslie es el mejor de los presagios.

Te sorprende su tono. Tiene matices desconocidos. Se le oye contenta. Los minutos transcurren y no escuchas ningún reproche. Ninguna queja. Habla de la ciudad, del parque. De la posibilidad de mudarse. A Manhattan, por fin. Dice que no quiere desaprovechar las oportunidades. Integrarse a la vida cultural, pues. Con la cantidad de museos…

Te dejas seducir. Gran parte de lo que dice no te hace sentido. Desconoces cada uno de los nombres, de las calles, eres incapaz de activar las referencias. Pero no preguntas. Temes que una interrupción frene de golpe el flujo de palabras. Así que dejas transcurrir los minutos. Cada uno de ellos abona a tu idea de la felicidad.

¿Y tú? ¿Cómo estás?

Respondes rápido, con monosílabos. ¿Para qué inmiscuirla en la sordidez de tu entorno?

Oye pá.

La sensación es casi física. Casi escuchas resquebrajarse el mosaico de tu placidez. ¿Qué dijo hace unos minutos? Quiere mudarse. Seguro te pedirá dinero. Te entristecen los motivos de Leslie. El simulacro.

¿Pa? Insiste.

Dime. Tu tono ya se ha olvidado de los buenos momentos. Suena seco, un tanto informe.

Leslie debe percibirlo. La pausa se alarga. No tienes problemas con mandarle un poco más. No mucho. Estos días no han sido buenos. Prefieres no tocar los ahorros. Tu conflicto estriba en las formas, en la manera en que te ha envuelto. Aunque, bien visto, para eso también son las hijas.

La escuchas respirar profundo.

Me voy a mudar con Mark. Suelta armada de valor.

Tardas en comprenderlo. No es lo que esperabas. Tampoco te molesta. Si acaso, no saber más de él. Nada de él.

¿Mark? ¿Qué Mark? Haces un esfuerzo por recordar el nombre. Tal vez salido de alguna conversación anterior. Fracasas.

Mi novio. Te ofrece por toda respuesta.

¿Tu novio? No sabía… eh… nada… en fin… No sabes bien cómo continuar. No, no sabías nada de él. Titubeas. ¿Es un buen chico?

¡El mejor! Responde Leslie eufórica. De seguro esperaba otro tipo de reacción. Ya lo comprobarás tú mismo cuando vengas a visitarnos.

Y esa vaga promesa de futuro basta para hundirte en una noche de ensueño como hace mucho, mucho tiempo, no has tenido.

Te pica la nariz. El puesto de especias huele demasiado. Sobre todo los chiles secos, en polvo. Aprietas el paso. La recaudería es un bálsamo. Las hierbas frescas mitigan la alergia. El mercado de El Fresno es apenas una construcción recta. Un pasillo central ancho. Puestos a ambos lados. De la tortillería al expendio de piñatas. De los guajolotes colgados de las patas a las cabezas de cochino con un cigarro en la trompa.

Te sientas en una de las sillas de plástico. La mesa es comunitaria, doce sitios, pero a esta hora casi está vacía. Dos lugares a la izquierda y de frente un sujeto se pierde dentro de su plato. El caldo es turbio, grasoso. Pides uno igual cuando te preguntan. También refresco, pan dulce, café.

¿Duele? Le hablas al sujeto que ahora bebe un atole con calma, dando pequeños sorbos.

Uno se acostumbra. Responde sin dejar de comer.

Es curioso cómo el mundo juega a las coincidencias. Algo que se puede considerar raro de pronto se aparece con frecuencia ante la mirada que sabe encontrarlo.

Te ocupas de tu caldo. Sopeas las tortillas. Pescas trozos de carne. Jugueteas con su elasticidad dentro de la boca. Permites que el chile haga su trabajo.

Más bien cansa. Te toma por sorpresa. A eso también se acostumbra uno pero me la pienso antes de tener que caminar mucho.

Supongo. Gruñes con la boca llena. Ya no te interesa lo que te dice. El desayuno te ocupa por completo.

Termina en silencio. Se limpia con calma. Las manos, el bigote. Imposible sacarse el olor de las manos. Llama a la mesera.

Déjelo. Yo invito. Masticas con trabajo.

Te observa. Como si te evaluara. Se encoge de hombros.

Pues gracias.

Se levanta con trabajo. Sus bastones están en mejor estado que los de Cuco. Se notan más cómodos.

Provecho. Se despide antes de alejarse en un balanceo.

Levantas la mano como despedida. El caldo del fondo promete hacerte llorar. De alegría. De enchilamiento. Así es como celebras la conversación con Leslie

Bienvenido Mark. Resoplas antes de pedir que rellenen tu plato.

La vibración del celular rompe la tregua. Es el jefe. Das un trago largo al refresco. Limpias tu boca. Miras con tristeza las últimas cucharadas disponibles en tu plato. Hay rituales que nadie debería interrumpir. Podrías no contestar pero algo ya se ha desgarrado en el ambiente.

Diga.

¿Dónde estás?

En El Fresno. Respondes mientras pides la cuenta a señas.

Acabamos de recibir un paquete. Una cajita de cartón, como de dulcería. ¿Adivina qué viene adentro?

¿Caramelos? Respondes con antojo. Algo dulce para mitigar el sabor del caldo.

Alvariño se carcajea. Recibes el papelito con la cuenta. Incluye el consumo ajeno.

No mames, Zuzunaga. Hace una pausa, conteniendo la risa. Los dedos de Juan Perea. Utiliza un tono fúnebre, casi confesional.

¿Los dedos? Repites mientras dejas un billete sobre la cuenta y apresuras el paso fuera del mercado.

Los diez.

¿Los diez? Insistes.

Sí, cabrón. Los de las manos.

Voy para allá. Sentencias acompañando tus palabras por el jadeo de la prisa.

No, vente directo a la Procu. Aquí te espero.

Ok. No puede ser una buena señal.

Ah. Y más te vale que vengas con alguna idea. Reprocha el comandante Alvariño. Mira que ya llevas varios días haciéndote pendejo y nada. Caramelos, no mames. Se escucha la agonía de una risotada.

Cuelgas para no discutir. No hay forma de explicar tus avances. Éstos se sintetizan en ligeras sospechas. Apenas. Lo de los pálpitos será mejor no mencionarlo. Es cierto, hasta ahora todo parece estar planeado. Cherry emboscó al novio. Guido tuvo algo que ver. Se los

llevaron a los dos para no despertar sospechas. Luego se les fue de las manos. La muerte de Cherry no estaba prevista. Por eso la forma en que decidieron estrangularla. "Hasta parece que la trataron con cuidado", dijo el jefe. Pinche jefe. El caldo te va a caer pesado. Te cae bien el cabrón. Una comilona así exige reposo. Ahora corres hacia las oficinas centrales. Hay cosas que no cuadran con tu teoría. Si fue planeado por qué no han pedido rescate. ¿Por qué mandaron los dedos en una caja?

La única respuesta que se te ocurre es que sí hayan llamado los secuestradores. Al diputado Manrique, por supuesto. Y él no ha avisado. Pinche diputado. No pinta fácil la conversación con el comandante Alvariño. Azotas la puerta. Sientes el letargo, la pesadez. Pinche caldo.

Lo encuentras fumando en el patio. Su nerviosismo es evidente. Tanto, que sus prosélitos se mantienen a distancia. Dejan que el temporal se desate en solitario. Por ti está bien. Todo mundo tiene derecho a sus propios pasos perdidos. Te recargas en una columna. Podrías quedarte así muchos minutos. El tibio aroma de la piedra atenúa la indigestión.

Te descubre. Camina tan rápido hacia ti que anticipas una agresión. Fallas.

Te tardaste, Zuzunaga. Su voz es una orden pero, al igual que todas las voces que has estado frente a él, sólo reparas en su nariz. En cómo la punta de su delgada pero inmensa nariz casi baja hasta sus labios. Ven, acompáñame.

Lo sigues medio paso atrás, buscando las palabras exactas para describir su apéndice nasal. No llegan. Por fortuna tampoco su voz ni sus preguntas. Así que tienes tiempo de pensar mientras se lanzan por un laberinto de pasillos.

No entiendes las razones de su deferencia. No ha pasado tanto tiempo desde que te presentaste con él por vez primera. Eras un apestado. Un policía al que se le podía obligar a la más infausta de las tareas. No lo hizo. Se limitó a darte una patrulla, asignarte una zona y exigirte una cuota semanal. Sólo eso. Sin preguntas. Ahora, en cambio, hasta pareces una pieza esencial del engranaje de la investigación. Te cuesta creer que no tenga otros agentes buscando hasta por debajo de las piedras. Es sencillo pensar que te eligió como el chivo expiatorio al que sacrificarán cuando todo falle. No puede ser sólo eso. El

comandante Alvariño mismo sería cuestionado por elegirte. Tampoco le conviene.

Una vaharada de aire frío interrumpe tu reflexión pero no alcanza para arrojarte respuesta alguna. Si acaso, el inconfundible aroma del formol. Dulce. Teñido de dolor.

La luz blanca hace evidentes los detalles. Las imperfecciones. Si fuera otro el contexto, podrías decir que la cara de tu jefe es chistosa. Sobre todo ahora, cuando el punzante olor de los muertos ha encontrado en su nariz el albergue perfecto. Pero tendría que ser otra la historia. Una muy diferente.

No hay muertos en las planchas. Sin embargo, dista de ser el escenario inmaculado de las series de televisión. Hay dos tarjas desbordadas. Una de material quirúrgico. Otra de un líquido espeso del que es mejor no averiguar nada. Sientes el caldo burbujear en tu estómago, cierto escozor ascendiendo hasta tu boca. Contienes el eructo. El piso está plagado de sombras. Entre las huellas de pisadas goterones de sangre, corridos por el tránsito. Lo peor es la humedad. No hay ventanas. Tu saliva se adelgaza. Sólo un sistema de refrigeración que sirve a medias y cuyos humores se mezclan con las miasmas acumuladas de tantos cuerpos. Bien podrías contribuir al contenido de la tarja. Es como respirar cadáver.

Los dedos están sobre el escritorio del forense. Así, sin cuidados. No parecen molestarle. Las yemas entintadas. Descansan en orden. Como si se dispusieran a escribir un documento importante.

¿Se los van a llevar? El forense apenas alza la vista. Sus ojos ya no albergan destello vital alguno.

El jefe titubea.

¿No les van a hacer pruebas? Intervienes. El alivio del comandante Alvariño casi eleva la temperatura del lugar.

Ya sacamos las huellas.

¿Y el ADN? Reviras presto. ¿Cómo saben que son de Juan Perea?

El forense vuelve a mirarte. Se alza de hombros.

Había una carta en la caja. Responde el jefe. No, no era una carta. Sólo una hoja arrugada: “Para el diputado Manrique”, decía con letra casi infantil.

Das por buena la respuesta.

¿Tons? ¿Se los pongo en una bolsa?

La idea de pasearte por la Procuraduría con una bolsa conteniendo

diez dedos te parece ridícula. Ni que fueran dulces. Tu broma ha perdido el efecto. Y te queda claro que no será el comandante Alvariño quien los transporte.

No. Es necesario hacer pruebas de ADN. Cotejar que sí sean de Juan Perea.

¿Contra qué vamos a compararlos? Responde el forense con indolencia.

Yo conseguiré una muestra del padre. Zanja el comandante Alvariño. Ahora dígame qué sabe de los dedos.

El forense se endereza. Su bata está llena de lamparones. Se aclara la garganta. Pasa su mano sobre los dedos cortados.

Son diez… Inicia. Alcanzas a ver un destello de enojo en el comandante Alvariño.

No han hecho prueba forense alguna porque es un tanto absurdo. Pese a ello, se puede inferir que fueron cortados con unas tijeras y no con un cuchillo, por ejemplo. Unas tijeras como de jardinería. Y toma uno para mostrarles el hueso blanco, la carne desgarrada.

Clac, clac, clac… La mímica es desagradable. Clac. Diez veces. Debió doler mucho.

Según el forense, debía tener las manos atadas. Con fuerza. A la altura de las muñecas. Los dedos no tenían mucha irrigación sanguínea. Dice un par de cosas más en lenguaje técnico. Lo ignoran.

Una cosa más. La pausa exaspera. Se mordió todas las uñas. Poco antes de los cortes. Miren.

Y la visión ya no es tan desagradable. Uñas mordidas. Cutículas rojas. Padrastros.

Un pitido los espabila. El comandante Alvariño ve su teléfono. Su nariz se curva aún más.

El procurador nos espera. Sentencia con un tono grave, haciendo ver que el alivio por salir de ese lugar no alcanza para tranquilizarlo.

Al menos no vomitaste. Tu saliva recupera su consistencia habitual.

Los recibe la sombra del procurador. Un juego de luces la provoca. Entras a ella con ánimo incierto. Te sumerges. Has escuchado hablar de este hombre. De su poder. De su cercanía con el presidente. No es al primero que ves. Un poco a la izquierda, sentado en un sillón de cuero, el diputado Manrique. Está fuera del alcance de la sombra. Su expresión no es cansina. Al contrario, su enojo resopla, hace pausas, crece gracias a flamazos intempestivos.

Ya era hora. Saluda Manrique.

Me parece que no hacen falta presentaciones. El procurador por fin aparece de entre los cortinajes. Se te queda viendo. Apenas un asomo de duda. Te ignora.

Quiero saber ahora mismo dónde está mi hijo y si es cierto que le cortaron los dedos.

El comandante Alvariño titubea. Se nota su nerviosismo. Justo ahora debe estar dándose cuenta de que nunca será el encargado de este despacho. Ni de uno parecido.

Es muy pronto para decirlo…

Un manotazo lo interrumpe. La mesa absorbe la reverberación de la furia. El diputado se incorpora. Parece ocupar la habitación entera.

¿Muy pronto? ¿En verdad me está diciendo eso? ¿Hace cuántos días secuestraron a Juan? ¿Eh? ¿Muy pronto? Da un paso hacia tu jefe, cuyo único deseo debe ser salir de ahí.

El comandante Alvariño se refiere al tiempo requerido para las pruebas forenses. Interrumpes sin que te queden claras las razones.

La mirada del diputado tiene una consistencia lábil. La del procurador es venial.

¿Y éste quién es? Las palabras son masticadas con lentitud, en un tono tenue, casi misterioso.

Permítame presentarle al inspector Zuzunaga, el encargado del caso. La voz de tu jefe parece repiquetear.

Notas la suspicacia en el procurador. Él no se traga el numerito. Ahora le queda, tan claro como a ti, que el comandante Alvariño necesitaba un chivo expiatorio. Hijo de puta. El diputado duda. De seguro tiene un pensamiento similar pero ha sido entrampado y él lo sabe.

¿Me puede decir, inspector Zuzunaga, cuáles son los alcances de su investigación? Cede con toda la ironía posible.

No respondes. No puedes hacerlo. Hablar de los videos es tan ridículo como hacerlo de la calidad del café en el videoclub. Tomas aire. Respiras.

¿Tiene algún sospechoso? ¿Algo que decirnos? El tono de voz se eleva. También el volumen.

Tomas cinco segundos más. Se da la vuelta hacia el procurador. Te decides. A fin de cuentas, parece que no tienes nada que perder.

Antes que nada, diputado, permítame hacerle una pregunta. El tono es más seguro de lo que esperabas.

Tarda en volverse para mirarte. Con desprecio. Se alza de hombros.

Busca en la bolsa de su saco. Sabes que los estás perdiendo. Perdiéndolos te pierdes.

¿Por qué no avisó que los secuestradores se pusieron en contacto con usted? Casi puedes sentir cómo el aire se convierte en cuerdas y cómo éstas se tensan hasta quedar bien afinadas.

No voy a permitir que traiga a un improvisado a hacer esta clase de acusaciones. El procurador se dirige al comandante Alvariño. Ambos voltean como si buscaran la aprobación del diputado.

Su cara enrojecida. La mirada al piso.

Acertaste.

El enojo se difumina. Se convierte en rubor. Confiesa. Sí, los secuestradores lo llamaron. A su teléfono particular. Pidieron dinero a cambio de su hijo. No demasiado. Por eso no levantó ninguna denuncia. Podía juntarlo. Lo juntó. Pagaría el rescate y luego se encargaría de perseguirlos. No iban a quedar impunes esos desgraciados. Una maleta deportiva. Billetes variados. Un restaurante de cadena. Mensajes de texto. Salir por la puerta de la avenida. Subir al puente peatonal. Dejar la maleta a la mitad.

Nunca llegaron.

La maleta perdida a mitad del puente. Lo sabe porque sus escoltas la vigilaron un par de horas. Nadie subió. Tampoco respondieron a las llamadas. Sólo un mensaje. Desde otro número. “Fallaste diputado”. Así. Les muestra el teléfono. La pantalla clama por resignación.

Eso fue antier. El diputado Manrique permitió que la angustia cediera. Supuso que jugaban con él, que le pedirían más dinero.

Si los dedos son de Juan, mejor que lo maten. Se escucha cómo se traga el miedo. Si son de Juan yo no les doy nada. Te sorprende la enunciación, la dureza de las palabras.

Miras hacia la ventana. Todos callan. Esos dedos son una mala noticia. Tanto si son como si no.

Eso sí: ustedes los van a atrapar. El silabeo le da consistencia a la orden. Los van a atrapar y los van a encerrar en los sótanos para que yo los visite unas cuantas veces.

Percibes cierto placer oculto tras las palabras del diputado. Como si esa amenaza en abstracto fuera apenas el preámbulo de lo que está por venir. Un aperitivo. De ésos que se disfrutan más por la promesa de lo venidero que por su sabor actual. Sospechas que Manrique preferiría que no rescataran a su hijo.

Una llamada rompe la espesura de las emociones. El teléfono del procurador suena. Manrique revisa el suyo. Extiendes la mano. Lo

entrega. Sabes que será inútil. Lo más probable es que le hayan llamado de un teléfono desechable, de uno que no se pueda rastrear. Se lo pasas al comandante Alvariño. Lo recibe dócil.

Necesitamos saliva suya para comparar el ADN. Escuchas al jefe con una voz insignificante.

Manrique saca un chicle del bolsillo. Mastica. Das dos pasos hacia el procurador. Los dos sonríen. La complicidad se activa antes de los hechos. Depende de esa anticipación. Una imagen que se concreta: Manrique saca el chicle de su boca y lo deposita en la mano incrédula del comandante Alvariño.

Quiero respuestas. Sentencia el diputado mientras ustedes dos se dirigen a la puerta.

A ti tampoco te gustaría ser procurador en estas circunstancias. Dejan a los dos políticos encerrados en una madriguera.

¿Ahora qué hacemos, Zuzunaga? Alvariño suena dócil, hasta parece tu subordinado.

Pues seguir investigando.

Descubres en su mirada un montón de interrogantes. No olvidas que te trajo como chivo expiatorio, pero no hay mucho que puedas hacer por ahora. La ridícula escena que te conduciría a la puerta del procurador para exigir autonomía y un mejor puesto ni siquiera te saca una sonrisa. Ya habrá ocasión de que Alvariño pague sus culpas. Lo que más conviene ahora es dar con los culpables. Y rescatar a Juan Perea, si es que eso es posible.

Yo me lanzo a El Fresno. Hay un par de cosas que quiero averiguar.

Su mirada sigue perdida, es un cachorro vulnerable que requiere instrucciones. Impostas la voz.

Usted, mi comandante, vaya a comprobar el ADN.

Hasta ese momento parece reparar en el chicle en su mano. Apretada. Hace una mueca de asco. Conforme la abre, una telaraña se crea entre sus dedos. Un matiz de desprecio se instala en su gesto. Supones que considera ir a lavarse las manos tras tirar el chicle y mandar todo al carajo. No hay forma de saberlo.

Han llegado a la planta baja. Caminan hacia las escaleras que los llevarían a la morgue. Te detienes.

Lo dejo, comandante. Su expresión sigue plagada de dudas. La nariz se encoge sin éxito. Más vale que resolvamos esto pronto. El diputado se va a enojar e irá por nosotros.

Asiente. Resignado.

Ves cómo lo flanquean sus asistentes. Alvariño toma la mano de uno de ellos y deposita la chiclosa telaraña. Sonríes.

¡Comandante! Voltea. Un favor, le pedí a su secretaria cierta información que necesito para el caso y no me ha devuelto la llamada.

No te responde. Se limita a señalar con la cabeza al segundo de sus hombres. Entiende de inmediato. Saca su teléfono. Agradeces. Saludando con una mano. Huyes hacia tu coche.

Manejas de forma automática. Te van llegando los retazos de la conversación. La voz del diputado Manrique inunda el habitáculo. Cada una de sus voces. La de la tele. Esa súplica montada para los incautos. Sus exigencias en el despacho. La frase imposible.

"Si los dedos son de Juan, mejor que lo maten".

Reverbera en el coche. Junto con la luz. El calor crea espejismos. También recuerdos.

Tu padre enfermó de golpe. Debilidad extrema, dijo un doctor. Incompetente. Pésimo. No recetó medicamentos. No ahondó en el diagnóstico. Eras un adolescente. Un mal pretexto para la estulticia. Lo cierto es que tu padre se fue convirtiendo en un bulto. Así lo trataste. Harto de su violencia y de su mal humor, prometiste que se sumara a los pocos muebles de la casa. Apenas lo ayudabas cada tanto. Sus comidas se volvieron tan irregulares como tu ánimo. Mucho más su aseo. Aún puedes recordar ciertas llagas alrededor de su ano. Lo limpiaste sin cuidado. La sangre se mezclaba con la mierda. Se limitó a gemir. También había pus, infección encarnada. Después de ese día no volvió a hablar más. Hasta que te pidió lo inevitable.

Al menos así lo percibiste. Frenas de golpe. Tomas el volante con fuerza. Tus nudillos cambian de color. ¿Y si fue un error? ¿Era más sencillo matarlo que atenderlo?

Sientes la angustia en el estómago. En el sudor. El descubrimiento no deja lugar a dudas. Eres como Manrique. Mejor que muera a que estorbe. La fragancia de su desprecio se cuela en las fisuras de tu memoria. Pronto la comparte con otra, mucho más cercana. Es La Amarilla Nelson, dejando que el dolor goteara de forma insistente mientras preparaba el documento con el cual exculparía a los responsables de la muerte de su hijo.

Pero no es él quien traiciona.

A diferencia de Manrique, La Amarilla Nelson no provoca sufrimiento a sus seres queridos. Si acaso, se limita a callar, aplazando así el momento de su venganza. La única idea que conserva para

mantenerse en pie; para no claudicar.

Manrique, en cambio, pinche político. Le importa más la agresión que su hijo. El saberse vulnerable. Burlado, incluso. Su probidad como adlátere del conservadurismo del país. ¿Quién prefiere la muerte? ¿Qué clase de persona? No te cabe la menor duda de que Tamara orientó su postrer atisbo de lucidez a sus hijos. Tal vez disculpándose o intentando comprender cómo es que ya no los vería más.

El diputado, en cambio. Tú mismo. No te detuviste siquiera a decirle unas palabras de despedida a tu padre. Jalaste el gatillo frente a su incredulidad. Hasta los familiares del Matape son mejores que ustedes. Cargan con un enfermo. También con el estigma que se profundiza cada que se masturba en público. La sábana llena de saliva. El cuidado con que lo limpian cuando acaba de cagar. Su mierda no está cubierta de podredumbre como la de tu padre.

Sales del coche. No. No puedes aceptar que alguien como el Matape sea mejor que tú. Que tenga una familia mejor que la tuya. Hace tiempo que no lo ves. Es irrelevante.

La bocanada no es fresca, pero sirve. Sientes toda la tensión acumulada en tu cuerpo. Sólo hay una forma de hallar consuelo. Marcas a Leslie, entusiasmado por la última plática.

La llamada no entra. Su voz magnetizada responde en su lugar. Como si su teléfono estuviera apagado. No dejas mensaje. Cuelgas antes.

Lo intentas de nuevo. Dos, tres veces más. Nada.

Nunca permitirás que esa clase de dolor se cierna sobre ella, intentas convencerte mientras vuelves a la patrulla.

Casi lo logras.

La imagen de tu padre convoca a todos tus miedos.

Las calles de El Fresno te resultan apacibles. Están investidas de una familiaridad incómoda. Atemperan tu ánimo. Conforme caminas descubres matices. Es fácil distinguir las construcciones más antiguas. La pintura desconchada. Los cambios de color. Hace cuarenta o cincuenta años estas manzanas eran una promesa ahora incumplida. Tanto como las remodelaciones a medio terminar. Un tercer piso en obra gris, sin ventanas, sostenido a la mitad de dos casas. Otro pasillo, inventado. Entre dos muros. Parece no llevar a nada. El resultado de una medición errónea del terreno. Las casas se amontonan. Contrastan. Una tiendita en el zaguán de aquélla. Una estética al lado

de la carnicería. Tamales, sopas y comidas para llevar salen de entre los cimientos habitacionales. Un hombre duerme tranquilo tras un cortinaje deshilachado. Es una jarcería. Sus humores conviven con el taller mecánico. No es la misma construcción, pero se unen por un patio vencido por la grasa.

Enciendes el GPS de tu teléfono. La imagen satelital. Buscas constatar otra sospecha. La vista aérea no muestra pasadizos. Apenas colindancias. El acercamiento máximo es incapaz de dar cuenta del novio que acecha el sueño de sus suegros para escabullirse, en medio del negocio familiar, hasta la cama de su novia. Esa clase de secretos no son transparentes a la tecnología. Tampoco el trapichero que vende droga desde una ventanilla que no puede pertenecer a ninguna de las casas circundantes.

Descubres que siempre habrá más secretos de los que se pueden abarcar, pero al menos hay alguno que podría estar a tu alcance.

Has recuperado cierta serenidad. Ahora vas en pos de un levantón anímico.

El café no te defrauda. Al contrario, le descubres nuevas notas escondidas tras su primera intensidad. Como si noqueara primero para después seducir. Tal vez se deba a que te das tiempo para saborearlo. No le has pedido a Arcángel ver nuevos videos. Tan sólo te has sentado en el cómodo sillón para dejar pasar las horas estivales.

¿Seguro que no quieres ver de nuevo el video? Su diligencia te agobia y te tranquiliza. Hace mucho que no te sentías atendido. Al menos ahora, en este breve recinto, has vuelto a ser el amo.

Niegas con la cabeza antes de responder.

No, ya saqué en claro lo que quería: no cerraron el coche cuando bajaron a El Estío. De seguro los emboscaron dentro. Y un nuevo sorbo te atempera las emociones. Vine sólo por el café.

Permites que el anfitrión hable. Mucho. De los días difíciles. Apenas quedan clientes. Ya nadie renta videos. Ha recibido una oferta por el inmueble. Es un tanto ridícula. Son ya casi tres décadas al frente del negocio. Cierta placidez te embarga. Producto de la cháchara. No te interesa lo que dice pero estás cómodo. Tanto, que la intromisión telefónica te sobresalta demasiado.

Zuzunaga. Respondes servil tras reconocer un número de la comandancia.

Le hablo para darle la información solicitada. Ni un saludo,

ninguna regla de cortesía. De seguro Alvariño regañó a su secretaria.

Dígame. Respondes en el mismo tono. Sostienes el teléfono con una mano mientras, con la otra, pides a Arcángel con qué anotar.

Te alcanza una pequeña libreta. Un bolígrafo.

Íngrimo Estévez. Suelta sin aclaraciones.

¿Quién es ése? Reviras para molestar, obligándola al diálogo.

El encargado de El Estío 24 horas.

Oquéi. Gracias. Respondes algo confundido. El nombre no coincide con la lista que te dio el cajero el otro día.

¿Necesita algo más? Su oferta suena forzada. Falsa.

Finges titubear. Te diviertes.

A decir verdad, necesito otro favor… pero la llamaré luego, no se preocupe. Imaginas la cara de la mujer ante la posibilidad de que la tomes a tu servicio.

Cuando cuelgas descubres la mirada de Arcángel en el nombre anotado. No te molesta su intromisión.

¿Lo conoces?

Me suena de algo. Espera. Dice mientras se aleja al fondo de la habitación.

Regresa con un fichero. Busca unos segundos. Saca una tarjeta. Tamaño media carta. Rayada. El nombre en el borde superior derecho. Íngrimo Estévez. La dirección más abajo. Un teléfono antiguo. Lo sabes por la cantidad de dígitos. Centras tu atención en la esquina derecha. Recortada con tijeras, una copia fotostática de su credencial del videoclub. Apenas se distingue mayor cosa de la foto pequeña. En blanco y negro. De mala calidad. Pese a ello, algo en las facciones te resulta conocido.

¿Me la puedo llevar?

Por supuesto. Responde entusiasmado Arcángel.

Se acerca hasta ti. Su mano te toma de la barbilla. Es una caricia conocida. Te desconcierta el tacto de su piel. La sensación cálida. Dudas unos instantes. El abandono parece una buena alternativa. Miras al interior de sus ojos. Evaluando. Su cara muestra que el rasurado matutino no es suficiente. ¿Y si pruebas? Los poros abiertos de la nariz. Uno requiere un escape, un lugar donde estar en paz. La incipiente sonrisa con que te arenga.

Te separas de él, empujándolo. Con fuerza.

Aprietas los dientes. Los puños. Descubres su miedo. Lo abofeteas con el dorso de la mano. Un hilo de sangre escurre por su boca.

Dudas de nuevo. Podrías golpearlo hasta hartarte. No sólo hay

miedo en sus ojos. Podrías violarlo, ya que tanto le gustan los hombres. Aloja algo más primitivo. Podrías insultarlo. Escupirle. Algo que no alcanzas a comprender. Patear su cara. Gritar un coraje que no termina de fraguar. Podrías tantas cosas… Pero su mirada…

Tomas la tarjeta. Al lado, tu taza de café.

Sales para enfrentarte con el ocaso.

Leslie sigue sin responder.

No. No es eso. Su número parece estar apagado. La contestadora salta de inmediato.

La llamada del comandante interrumpe un nuevo intento. Sientes el peso de los malos presagios.

Dígame. Respondes sin ganas.

El ADN coincide.

Truenas la boca. Ya esperabas esa confirmación. Intentas comprender lo que pasa por la cabeza de los secuestradores. Por momentos te parecen novatos improvisando. Pero un novato no corta dedos ni los hace llegar a la Procuraduría.

¿Y el teléfono? Preguntas para no prolongar el silencio. Puedes imaginar a Alvariño batallando contra la incertidumbre, agradeciendo cada que una de tus preguntas se vuelve una ruta de escape a su hundimiento.

Desechable. La voz ha perdido su energía. Suena más al reporte de un subalterno que a tu jefe.

La respuesta es obvia. Conseguir un chip nuevo para ponerlo en un celular es algo sencillo. Entre más expuestos estamos más fácil resulta escondernos.

Necesito que me acompañes a informar, Zuzunaga. Es casi una súplica.

No olvidas que no le debes lealtad a ese hombre. Si acaso lo contrario. De cualquier modo, aceptas. Es mejor estar cerca de los poderosos cuando se aproximan los desenlaces. Mañana. A primera hora. Sin duda.

Marcas de nuevo a Leslie. La contestadora.

Una ligera llovizna acompaña tus pasos. Los transeúntes caminan rápido. Distingues a lo lejos a Cuco. Balanceándose sobre sus bastones. Es el paradero de microbuses. Alguna labor cumple ahí, matando las horas de su invalidez. No te sorprende que tome cerveza el resto del tiempo. La gente se dispersa. Engullida por la noche. La escuela

primaria tiene algo de mausoleo a estas horas. Sólo escuchas tus pisadas.

Estás convencido de que ya cuentas con la información necesaria para resolver el caso. Es un pensamiento salido de las series de televisión. La lógica es simple. El asesino sólo puede ser uno de los personajes que ya salió a cuadro. Sería ridículo presentar en el último minuto de la transmisión a un desconocido. Sonríes. Porque la realidad no es así. No se ajusta a esos parámetros narrativos. Al menos, no siempre. Es tiempo de convocar a la buena fortuna. Hacer de la vida una serie de televisión.

Sientes un ligero escozor de culpa al volver a la patrulla. Sigue frente al videoclub. Una de las ventanas superiores deja pasar un chorro azulado de luz. Arrancas. No es hora para arrepentimientos. Tampoco para ceder a impulsos ignotos.

Das vuelta en U en el camellón. Frenas en seco. Una sombra se cuela al local de Arcángel. Al menos eso parece. Respiras profundo. Asientas las emociones. Estás cansado. Bien podría ser él mismo. Bien una confusión.

Aceleras.

Cuando te detienes frente a los velatorios la lluvia ha remitido por completo. Apenas tardas unos segundos en ubicar a Nat. Está frente a una señora, escuchando. El bultito sigue entre sus brazos.

Te acercas con lentitud. Das tiempo a que la señora te vea, busque en su bolso, saque unas monedas y se las entregue a Nat.

¿Qué quería? Alzas la voz cuando la mujer ya ha desparecido dentro de los velatorios.

Nat voltea. Con calma. Su cara sucia. Apagada. La bebé duerme. Notas su respiración bajo la sábana. Un piecito sale de la cobertura. La tela tensa del mameluco.

Tiene usted muchos muertos. Te ofrece por toda respuesta.

Si supieras… Te detienes.

No te interesa que sepa. A ella tampoco. Contar muertos es como contar amores. Sólo se hace a pasado. Sólo importan unos cuantos. La imagen de tu padre amenaza con aparecer.

¿Cómo van? Lanzas para romper la tensión que se acumula en tu ánimo.

Nat alza los hombros.

¿Y Carmelo?

Vuelve a levantarlos. Descubres que, además de la bebé, carga con una caja minúscula, llena de dulces y otra mercadería. Tomas un cigarro. Lo enciendes. Hace cuánto que no dabas una buena bocanada. Nunca has sido fumador. Social, si acaso. Pero sabes convocar a ese pequeño placer que llega como embotamiento. En la base del cráneo. En ascenso.

Lanzas la colilla a un charco.

¿La conoció? Señalas a la bebita.

Nat niega con la cabeza. Dejas pasar el tiempo, intentando retener los humores del cigarro. La sensación se difumina. Buscas en tu bolsa monedas para pagar.

Yo se lo invito. Dice Nat sin emoción.

La observas. Aun con el tizne en su cara alcanzas a percibir la línea suave de su cuello. Es linda. Demasiado. ¿Cómo llegó a las calles? Es una pregunta que no vas a hacerle. Sacas un billete.

Gracias por el cigarro. Le dices al poner el dinero en su cajita. Es un regalo para la nena.

Te sorprenden las palabras. El tono. Te sorprende el verlas ahí, indefensas, mientras subes al coche.

De nuevo la contestadora. La contestadora y cierta tristeza que se revela dentro de tu pecho.

Te diriges a casa.

Le temes más al insomnio que al desvelo. A la imagen de tu padre visitándote por la noche. A convocarlo ahora que has descubierto nuevos matices en su súplica. Por eso manejas. Permitiendo a las luces de los otros autos desgranarse en las gotas de tu parabrisas.

Te detienes en la esquina. En la parte exterior del delta que algunos traileros utilizan para descansar. El Estío 24 horas emana un halo verdoso. Abres la puerta. Tu sobresalto es tan intenso como el de Guido. Viste el uniforme. Se refugia tras la caja registradora. Sus ojos huyen a donde no puede ir su cuerpo.

¿Estabas aquí cuando vino tu hermana? Muestras tu arma, para darle a entender que no hay escapatoria, para disuadir cualquier intento.

No responde. Caminas hacia él. Percibes su temblor. Ahora sólo los separa la barra atestada de dulces. Los lectores de códigos. Las dos cajas. Disfrutas su miedo. Tiene el gusto de la tierra húmeda. Guido, en cambio, apesta a alcohol. Barato. Del que venden en envases plásticos. Por medios litros.

Íngrimo Estévez. Lees en la placa que está a la altura de su

corazón. El nombre va acompañado de cuatro estrellitas. Sólo eso.

Será mejor que cierres la puerta. Dices mientras golpeas con el dedo la identificación plástica.

Guido se limita a apagar las luces cerca de la entrada. El letrero luminoso. La penumbra debería bastar para disuadir a los clientes.

Estabas aquí cuando vino tu hermana. La pregunta se ha vuelto sentencia. Quizá por eso asiente Guido.

Se ha esfumado su miedo. De pronto te parece más adulto. Su respiración normalizada. Ya no es el hermano adicto de la víctima sino un potencial socio en el secuestro y asesinato de la misma.

Yo no la maté. El tono es grave. Varonil.

¿Sabías que iban a secuestrarla?

Respira profundo. No, no lo sabía. Al menos no del todo. Algún detalle, claro está. Pero no tenían nada contra ella. Era más bien el novio. Un objetivo a la mano. No sólo lo odiaban por su petulancia. Por ella. La había conquistado. Muchos querían con Cherry. La deseaban. Recuerdas su cuerpo semidesnudo tirado en el terreno baldío. Las razones eran evidentes. Todos sabían que era hijo del diputado. No dejaba de decirlo. Un día casi se agarra a golpes. Se burlaban de su apellido. Al menos nuestros padres, jodidos y todo, sí tuvieron los huevos para reconocernos. Los detuvieron. Juan era un animal herido. Pero quería bien a Cherry. Por eso bastó con ser parientes. Querían su dinero y también humillarlo.

No debían llevarse a Cherry… menos matarla. Concluye rezumando impotencia.

Por alguna razón, le crees.

¿Quiénes son ellos? ¿Quiénes se lo llevaron?

No estoy seguro. La pausa parece convencerlo. Si lo supiera no se lo diría. Suelta con una seguridad pasmosa.

¿No quieres que los atrapemos?

Da igual. Cherry ya no está y yo sigo aquí. Mejor llevarse las cosas tranquilas.

Contienes el exabrupto. Algo te dice que de poco vale la violencia. Guido debe estar demasiado acostumbrado a ella.

¿Quiénes son ellos? Insistes, sin sorprenderte porque han pasado de un secuestrador solitario a un grupo de asesinos. ¿Cuántos son?

Guido se toma su tiempo. Toma una cajetilla de cigarros. Saca uno y lo enciende. Te ofrece otro. Aceptas. ¿Hace cuánto que no fumabas dos cigarros en una misma noche? Su mano no tiembla cuando te ofrece una llama que se refleja en la profundidad de sus ojos.

No lo entiende, ¿verdad? La voluta asciende hasta chocar contra el falso plafón.

No. No entiendes. Por eso lo escuchas explicarte. El Fresno es una colonia vieja donde todos se conocen. Desde hace mucho. Se conocen porque los viejos la fundaron cuando alrededor aún había establos. Las vacas pastaban al otro lado de la avenida. Se compraba la leche en botes de metal. Los habitantes de aquí llevan toda su vida reuniéndose los domingos. En misa. A dos cuadras de esta tienda. Ellos pueden ser los exnovios de Cherry pero también el tendero y su esposa o el dueño de la refaccionaria.

La idea te molesta. Entiendes la complicidad que puede surgir de la raigambre pero el plagio, la muerte de Cherry y los dedos amputados no son un linchamiento. No es la colonia entera reclamando un derecho.

No te lo compro. Susurras convencido de que Guido exagera.

Él sonríe.

¿Usted estaba ahí cuando encontraron a mi hermana? Pregunta sin externar emociones. ¿Cuánto tardó en llegar?

No mucho. Desde que me avisaron por radio. Llegué antes que los otros policías.

¿Había mucha gente? ¿Mirones? No logras desentrañar la intención de sus preguntas.

Unos cuantos, sí.

Los rumores corren rápido. Basta un grito fuerte, de quien descubre un cadáver, para garantizar que eso se llenará de curiosos.

¿Vio al Matape?

Asientes. Su imagen es nítida. El loco que se masturba todo el tiempo. El loco que se masturba frente al cadáver. Las muestras de repulsión. El griterío.

¿Se ha puesto a pensar cómo llegó ahí?

La pregunta de Guido tiene la consistencia de las iluminaciones. Sin darse cuenta, acaba de desentrañar el misterio del pálpito que tuviste ese día. Guido tiene toda la razón y eso ya lo sabías. Con sus limitaciones, era imposible que el Matape llegara hasta el terreno baldío. Pero ahí estaba. Creando nuevas llagas en su erección eterna. Algo que sólo se puede explicar con una hipótesis: el Matape era cómplice, ya sabía que iban a dejar a Cherry en ese lugar. Amplías la idea: alguien del círculo del Matape es el perpetrador… Podrías estirar las conjeturas, pero te detienes. Si Guido tiene razón, la muerte de Cherry era algo sabido. Un rumor que se esparce. Un chisme y un

abismo. Por eso ellos podría ser cualquiera.

¿Sabes quiénes son ellos? Insistes.

No. No sé.

No te vayas de El Fresno. Tal vez vuelva otro día. Sientes un enorme cansancio.

No se apure. De aquí no me iré hasta que me muera.

Le das la espalda. Guido enciende las luces. Caminas hacia la puerta. Te detienes al lado de unos anaqueles.

Una pregunta más: ¿quién es Íngrimo Estévez?

Nadie. Responde de inmediato. El dueño inventó el nombre cuando registró la tienda. Todos los que la atendemos por la noche hemos usado esta placa.

Dejas pasar la extrañeza. Alguna explicación fiscal debe haber. En la puerta te detiene su voz:

Ya sabe, aquí voy a estar… Digo, por si se le ofrece alguna otra cosa. Su sonrisa no es de quien está siendo interrogado.

¿Se burla de ti o te está insinuando algo más?

Sales. Necesitas dormir. Pronto. Mucho.

El teléfono te despierta.

No del todo. Tu mente se aclara mientras tomas conciencia de la realidad. Es difusa. Acotada por texturas algodonosas. Aún es de noche. Madrugada. Las tres en punto, alcanzas a enfocar. Alvariño es quien llama. Carajo. Ni que lo hubieras dejado plantado en la Procuraduría. Salvo que esto sea lo que entiende por “primera hora”. Sientes cómo el sueño te jala hacia abajo mientras te incorporas.

Un nuevo pitido. Premura. Contestas.

Acaban de encontrar otro muerto en El Fresno. La voz suena eufórica, propia de quienes ocultan sus propios miedos. Lánzate para allá en chinga.

Tardas un par de segundos en digerir la noticia. Tiene la misma consistencia que tu saliva. Baba espesa de sueño interrumpido.

Reza, cabrón, para que no sea Juanito. Aconseja el comandante antes de colgar.

Te vistes sumido en la modorra. El pantalón y la camisa de ayer sobre los calzones sucios. ¿A qué dios vas a rezarle? A ver, a ver. Los calcetines todavía húmedos. Ningún dios sensato tendría por qué hacer caso de tus súplicas. La textura del tejido no es agradable. Si lo hiciera, no podrías confiar en él. Los zapatos. Si dios existe, no es

misericordioso. Recuperas lucidez mientras amarras tus agujetas. Tú eres la muestra viviente de que no está en su carácter la generosidad. Tomas una chamarra y sales a la noche. No. Marcas a Leslie para obtener la misma respuesta. Es un hijo de puta.

No tardas en encontrar la ambulancia en El Fresno. Sus luces iluminan toda la noche. Por fortuna no han levantado el cuerpo. Te identificas. Dicen estar esperándote. El policía de guardia es un novato al que se le vino encima la oscuridad. Alza los hombros. La calle no tiene fachadas en esta zona. Un callejón pintado de rojo y azul intermitente. La puerta de seguridad de una radiodifusora. Nadie la ha abierto en años. El lugar está sucio en un sentido raro. El del cochambre que no el polvo.

El muerto no es Juan. Suspiras al descubrir los dedos en la mano. Aunque no será ningún dios quien obró el milagro. ¿O sí? La idea es atractiva. El muerto era quien no deseabas. Rezaste para que no lo fuera. El dios decidió resucitar a Juan y matar a otro. Ojalá. Pero no hubo plegarias de por medio. Al menos no tuyas. La cara destrozada a golpes. Un rostro que reconoces pese al daño. Es Guido. Era Guido. El estremecimiento nace en la parte baja de la espalda. La arquea para luego tensar tus hombros.

Un dejo de belleza rezuma de sus labios, de la piel expuesta. No trae el uniforme de El Estío 24 horas. Contienes el impulso de tocarlo. De acariciar su cuello.

Lo rodeas. Tu espalda contra la pared del fondo. Contra la puerta de metal con muchas cerraduras. Sabes que debes actuar pronto. No se pueden dar el lujo de que la mañana los sorprenda con un nuevo cadáver en la vía pública. Algo te impide actuar. Tal vez la conciencia de que puedes ser responsable de esta muerte. En parte. No es claro. Ignoras qué hizo Guido tras la plática. Sabes, en cambio, que no cumplió su turno en la tienda. Pero quizá no fue por tu culpa. ¿Entonces? Queda ese atisbo de deseo. Tu inmovilidad podría obedecer a la imagen de su cuerpo casi desnudo cuando lo visitaste en su casa.

Te dejas encandilar por las luces de la ambulancia. Duelen. Bajas la mirada. Localizas tus huellas. Claras sobre esa pátina oleaginosa. De dónde proviene. Está sobre el asfalto. Enciendes la linterna de tu celular. Tardas unos segundos en reconocer la huella de unos tenis. Los de Guido. Van acompañados de otros, rodeados por pequeños círculos. Los reconoces pronto. Cada huella son tres circunferencias concéntricas. Te acercas a ellas. Interrumpidas por la noche. Por el

asfalto.

Cuco.

Pero no tiene lógica. Cuco nunca habría vencido a Guido en una pelea. La polio no sólo lo incapacita. También lo ha hecho débil. Lento. A eso hay que sumarle el alcohol. Diario. En grandes dosis.

Lanzas el chorro de luz a la cara del cadáver. No alcanzas a descubrir el rastro de ningún arma. Tampoco en el cuerpo.

Sientes la tensión en la mandíbula. En los dientes apretados.

Ordenas que levanten el cadáver. La maniobra no toma más que un par de minutos. Le han ganado la carrera al amanecer. A los curiosos.

"No es Juan". Envías el mensaje.

El resto de la noche tiene la consistencia de la reverberación. Deberías tomar un baño.

No dejas de pensar en Guido. En su cara deshecha. No ayuda la somnolencia, los minutos de espera en la antesala del procurador. La enorme nariz de Alvariño.

Tienen suerte de que no haya sido el hijo de Manrique. Los recibe a solas. También acusa cansancio. En las ojeras.

El cadáver pertenece a Guido… El comandante intenta dar una explicación.

¡No me interesa! Interrumpe el procurador. Deben entender lo que nos estamos jugando aquí. O encontramos a los cabrones que secuestraron a Perea o nos carga a todititos la chingada. ¿Está claro?

Percibes el asentimiento automático de Alvariño.

Era el hermano de Cherry. Reviras con calma.

Notas que ninguno de los dos estaba al tanto. Tus palabras tardan en asentarse. Corpúsculos invisibles que flotan en el aire.

¿Y eso qué quiere decir?

Tomas la pregunta con calma. No quieres explicar la conversación de anoche. Tampoco exponer tus sospechas. Son demasiado vagas. Mucho menos contarles acerca de esa aparente lealtad entre los habitantes de El Fresno. Patrañas. Si existiera algo así no habrían matado a Guido. El honor es una gran mentira. Un mito civilizatorio. De pertenencia.

No lo sé. Supongo que, si está relacionado, lo mataron porque algo sabía. Ganas su atención.

Desarrollas hipótesis. Guido tenía el cerebro quemado. Nada inteligente. Si sabía algo, lo acababa de descubrir. Eso sólo podía

significar trabajo interno. Él conocía a los asesinos. A los secuestradores. No es despreciable la idea de que quisiera vengar a su hermana.

Omites el asunto de las huellas de Cuco. El video. La plática nocturna. Prefieres confesar que a últimas fechas has sentido deseo por los muchachitos. Tampoco. El cansancio te juega malas pasadas. Despierta una imaginación peligrosa. Te pierdes en los diálogos. El procurador y el comandante sólo parlotean. La orden, pese a todo, es clara:

Pon a todos tus hombres en eso. Hoy mismo.

Alvariño asiente. El temor reflejado en su futuro.

¿Zuzunaga, verdad? No espera respuesta. Confío en ti. Es tu oportunidad de recuperar lo perdido.

Salen. El comandante da órdenes a su séquito. Te despides. Necesitas dormir.

Acechas.

No como un depredador peligroso que se escurre entre la maleza. Tampoco como el policía novato que siente el sudor acumulándose en la esquina sin sombra donde se le ordenó vigilar.

Acechas en la comodidad de una silla dentro de una fonda. Alternas tragos de café y de agua de horchata. Estás a unos cien metros del paradero de microbuses. No es un paradero en forma, con puestos ambulantes y centenares de camioncitos aglutinados en estrechos andadores. Es el final de una ruta. De una de tantas. Y el inicio de la de vuelta. Si acaso, a veces se juntan tres vehículos. Sobre todo, cuando hay poco pasaje. Nadie quiere arrancar vacío. Los operadores aprovechan para estirar las piernas. Entran al baño portátil. Fuman. Bromean. Con Cuco.

Cuco.

Es una suerte de despachador. Anota idas y venidas. Saluda con chiflidos. Hace contorsiones para subir a cada unidad. Son dos o tres escalones. El primero muy alto. Cuco. Es él a quien acechas. Con fortuna. Cada tanto rompe su rutina. Se inscribe en otra. Alguien llega. Le da un papel. Dinero. Entonces cruza la calle, hasta tu misma acera. Desaparece en la esquina. Pasan varios minutos. Siete. Diez a veces. No hay que olvidar la polio. El vaivén de los bastones. Regresa con algo en la bolsa. Debe ser droga. Barata. De mala calidad. La entrega y continúa. Un silbido. Cada tanto, un trago largo de cerveza.

Acechas. Aciertas.

Un nuevo cliente. Sales de la fonda. Rodeas la manzana en sentido opuesto al de Cuco. Pasas por la tiendita. No hay clientes a esta hora. Te recargas en la pared. Cuco se acerca con cadencia. Su desplazamiento es una danza macabra. Patética. Casi está a tu lado. Tensas los músculos. Te ignora.

Pateas un bastón y sus dos piernas. Es casi una barrida. Cae de boca. Contigo encima. Tu rodilla sobre su espalda.

Dicen que anoche tuviste un problemita con Guido. Susurras despacio.

Cuco gime, se revuelve. No hay prisa. No demasiada. Aumentas la presión de tu rodilla. Con una mano empujas su cabeza hacia el suelo. Su pelo grasoso. La textura repulsiva. Te incorporas y lo levantas, recargándolo contra la pared. Su boca está repleta de gargajos carmesí. Le das unos segundos para recuperar el aliento.

Me vale madres que trafiques. Dime qué pasó anoche con Guido o te refundo en la cárcel por narco y me encargo de que no te permitan tener tus bastones.

Pinche puto. Suelta sin temor de por medio.

El rodillazo en los huevos lo dobla. Lo sostienes para que no caiga. Alza una mano. Pide tregua. Confiesa.

Guido lo llamó anoche. Se reunieron en el callejón de siempre. Cuco pensó que quería un toque, algo más fuerte. Para él o sus amigos. No era eso. Hablaron de ti. Del policía que investiga. Se rieron bastante. ¿Por qué sólo habían mandado a un pinche loco en lugar de un escuadrón? Buena pregunta. Ni que fueras Sherlock Holmes. ¿Dónde andarán todos los hombres que se supone iba a mandar el comandante? Guido le dijo que corriera la voz, con los de este lado de la colonia. Dizque habías descubierto alguna cosa. El asunto es proteger a El Fresno. Se fumaron un carrujo. Buena mota. Cuco se fue. Guido se quedó con la bachita. La noche estaba sabrosa.

¿A quién protegen? Te compras esa versión de los hechos. Desde el principio se te hizo difícil creer que Cuco matara a Guido.

Al asesino. Suelta sin dudarlo, con sorna.

La sorpresa te hace aflojar la presión. Cuco sonríe. Faltan dientes. Desde hace mucho. Los que restan están carcomidos.

¿Quién es el asesino?

No sé. Alguno de por acá.

Un destello de entusiasmo se cuela en sus ojos. Se está divirtiendo, el cabrón.

¿A ti te gustaba Cherry, o no?

El destello se apaga.

De seguro sí. Continúas. Yo creo que pasaste muchas noches jalándotela pensando en ella. La veías venir. Sus tetitas bien paradas. Embarrándose contra ti mientras te daba unos besos de aquéllos. Y tú te dejabas ir. Poniendo tus manitas en esas nalgas monumentales. Soñabas que te la chupaba y luego se montaba en ti hasta que los dos lloraban de gusto. ¿A poco no?

Cuco asiente sin voluntad. Con un dejo de tristeza. Como si hasta ahora se diera cuenta de que su fantasía imposible está clausurada.

Pero no, ¡pinche tullido! Ella nunca te iba a hacer caso…

Intenta zafarse. Manotea. Es un animal herido. Te empuja. Sus brazos son fuertes pero pronto pierde su apoyo.

Tú la mataste, cabrón. Y te voy a refundir en el Infierno.

¡No fui yo! En serio. Un llanto infantil lo convulsiona.

¡Dame un nombre!

Cuco limpia sus mocos con el dorso de la mano. Son largos, cargados de sangre. El asco te obliga a soltarlo. Tapa un orificio nasal, resopla. Un gusano grueso se estampa en el pavimento. Baja la cabeza.

Íngrimo Estévez.

Íngrimo Estévez.

¿Existe o no existe? ¿A quién creerle? Tomas partido. No conviene confiar en un muerto.

Escúchame bien, pendejo. Voy a buscar a ese güey hasta encontrarlo. Si me engañaste voy a venir por ti y te voy a meter uno de los bastones por el culo. ¿Entiendes?

Cuco mueve la cabeza.

A partir de mañana vas a llevarme dos billetitos a la fonda. Ya vi que tienes un buen negocio y lo mejor es compartirlo con los amigos. Porque somos amigos. ¿De acuerdo?

La furia se cuela en su mirada.

¿De acuerdo?

Vuelve a asentir.

Así me gusta: que cooperen.

Recoges los dos bastones. Se los das.

Ahora apúrate. Te está esperando un cliente y no nos conviene quedar mal.

En cuanto entra a su casa apresuras el paso. Vaya a saber a quién le está llamando justo ahora. Mejor interponer una sana distancia.

Reclinas un poco el asiento. No demasiado. Lo justo para estar más cómodo sin acostarte. No quieres correr el riesgo de quedarte dormido. Tampoco el de ser fotografiado. Imaginas los titulares. “Oficial en funciones”. “Así se gastan nuestros impuestos”.

Tan sólo buscas pensar un poco. Aislarte. Al parecer, Cuco convocó a todas las fuerzas de la ley. El Fresno se ha llenado de policías. Uniformados y no. Vagan en un operativo que parece más de vigilancia que de investigación. Quizá consigan impedir el próximo crimen. De ahí a encontrar al culpable y liberar a Juan Perea hay un camino muy largo. Salvo que, claro está, se jueguen el todo por el todo y en un alarde de sincronía irrumpan en cada una de las construcciones de la colonia hasta dar con el secuestrador. Con los secuestradores. Como si eso fuera posible. No sabes por qué pero, a estas alturas, te parece que no es el trabajo de un criminal solitario.

Tomas la tarjeta del asiento del copiloto. Es la misma ficha que te dio Arcángel. Íngrimo Estévez. Es la única pista sólida. Abajo del nombre, una dirección falsa y un teléfono de los antiguos. Siete números en lugar de ocho. Anteponer un 5 no ha servido de nada. Así que sólo queda la fotografía. Es una fotocopia de mala calidad. El rostro se pierde entre los matices grisáceos. El pelo más oscuro. El espacio atrás de la cara casi blanco. No del todo. La has visto un buen rato. Estás seguro de no conocer al sujeto. Casi. Al menos no en ese momento. No hay forma de reconocerlo. De relacionarlo con quien es ahora. No puedes. Y, sin embargo, algo oculto tras esas minúsculas manchas te resulta familiar.

Dejas la tarjeta al lado. Echas la cabeza hacia atrás. Recargándola en el respaldo. Suspiras. Cierras los ojos. Buscas claridad.

El zumbido del teléfono se cuela en tu conciencia. Cansino. Consideras no contestar. Apartarte. Decirle al comandante que dejas la investigación. Sus hombres están capacitados. Ya no necesita un chivo expiatorio. Haces lo posible por no salir a la superficie. Por permanecer sumergido en este estado de abandono. Por hacer que tus pensamientos tengan un volumen superior al del teléfono.

Es La Amarilla Nelson.

Su saludo es breve. Sin cortesías ni florituras.

Necesita un favor. Tras varios meses ha encontrado el punto débil de su enemigo. Quien mandó ocultar la muerte de su hijo. El gobernador por el cual ahora estás sentado en una patrulla vieja y no en tu oficina. Sabe cómo vengarse. Del político. De los asesinos. Quiere saber si cuenta contigo.

No será fácil.

Esto es algo gordo. Termina de explicar. Si algo sale mal nos carga la chingada. Intenta disuadirte.

¿Cuándo lo hacemos?

Falta. Todavía falta.

Estaré esperando. Lo dices con sinceridad. Sientes el ramalazo de la adrenalina. También deseas venganza. No por ti sino por los tormentos de La Amarilla Nelson. Una pregunta.

Dime.

¿Por qué alguien falsifica una identidad?

En mi experiencia, por dos razones. Su voz pierde solemnidad. Se nota que entraron a un terreno conocido, casi alegre. Para esconderse o para conseguir algo.

Así de simple.

Gracias.

Gracias a ti. Comandante.

Tomas de nuevo la tarjeta. Miras fijamente la foto. Ya no intentas descubrir quién se esconde en ella sino lo que buscaba conseguir.

Una patrulla pasa a tu lado. A toda velocidad. Luces y sirenas encendidas. Lo dicho, más que encontrar buscan disuadir.

Leslie sigue sin responder.

No sólo eso. Ha dejado de entrar la contestadora. Ya no hay voz magnetizada. Tampoco el mensaje de cortesía del operador telefónico. Sólo una monótona sucesión de tonos. Notas sueltas. Espaciadas por menos de un segundo.

Tus dedos han memorizado las teclas. Insistir sirve de poco. Lo intentas en un teléfono público. Nada. Como si tu hija hubiera desaparecido de pronto. Peor, como si hubiera dejado de existir. Ya no existe. Leslie ya no existe.

La idea se va asentando en tu estómago. Lo revuelve. Luchas por rechazarla. Argumentas. La razón no te ayuda demasiado. Si, en verdad, algo le hubiera sucedido, no serías tú a quien informarían. Quizá a su madre. Estás tentado a hablar con ella, pero te detienes. ¿Te odia tanto que no te avisaría? No. No lo crees. Pero la duda no contribuye a sacar el ansia de tus tripas.

Si no es por la vía de la razón, quizá sirvan las emociones. Te aferras al lugar común: un padre siente cuando algo malo le pasa a sus hijos. Debe ser cierto. Tú no has sentido nada. Leslie está bien. Debe estarlo. ¿Entonces por qué no contesta? Caminas. Peor, ¿por qué parece que su número ha dejado de existir?

Tus pasos son rápidos. Sientes el impulso de correr. Primitivo. El sol cae a chorros. Su luminosidad te ofende. Necesitas algo que restregarle a la ansiedad. No tienes sed. Tampoco hambre. Ni siquiera se te antoja un cigarro. El tufo en las manos en medio del calor. Te detienes. Recargas la espalda contra un poste de luz. Caliente. Echas hacia atrás la cabeza. El ánimo. Respiras profundo. Normalizando el ritmo.

La sospecha es un artilugio para los débiles. Recurres a ella. Planteas escenarios. Imaginas. El cuerpo de Leslie destrozado. Un accidente. Nada gráfico. Sólo la sábana sobre la carretera. Una violación. Sus ojos apagados implorando por piedad. Está perdida a mitad del bosque. Observas la flora. Los árboles enormes. Nunca a ella. Esos paseos son peligrosos. Tal vez un secuestro. Mendicidad. En ninguno de los casos piensa en ti. Sabe que su padre no estará para salvarla. Leslie con los diez dedos amputados. Nunca lo estuvo. Se revuelven como gusanos antes de abandonar la vida.

¿En quién piensa tu hija cuando busca aferrarse a la esperanza?

Ahogas el grito. Has conseguido conjurar tus miedos. Ahora tienes la certeza de que nada le ha pasado. Al menos nada tan grave como lo que pensaste. Debe ser algo parecido a las terapias de shock. Te funciona. La llamarás más tarde. Seguro entonces responde. O volarás a Nueva York. Siempre has querido conocer esa ciudad.

Te descubres acuclillado. Te incorporas. Sacudes tu ropa. Sí. Debe ser una gran ciudad.

La iglesia es peculiar. Por decir lo menos. No tiene atrio, por ejemplo. Se accede a ella desde la banqueta. Su techo rojo no corresponde a ningún estilo. Además, comparte la manzana con varias casas, una tortillería y un centro de gestación teatral. Lo que quiera que sea eso.

Entras.

No estás seguro de lo que buscas. Tranquilidad. Algo de frescura. Nada relacionado con creencias que nunca tuviste. Hay pocos fieles. Tus pisadas producen resonancia. Ecos. Te sientas en la última fila. El olor del incienso te agrada. También el de la cera.

Por dentro es tan aburrida como por fuera. Pocas imágenes. Algunos vitrales. El techo alto sin pinturas. Bóvedas falsas. Estás bien aquí. Si no fuera por la incomodidad de los bancos. Dormitas. Te resulta inevitable. Cabeceas. Escuchas muchos pasos. Los sueñas. Te

rodean para juzgarte. Es como un juego. Un vicio extraño. La idea de tu futuro no te resulta placentera. Aunque logres resolver el caso. De poco valdría. Estos meses alejado del poder han sido menos crueles de lo que pensabas.

Carajo. Ya ni eso te mueve. ¿Qué vas a hacer de tu vida?

Tu cabeza cae hacia atrás. Se golpea. El dolor te impide responder. Te levantas rápido. Asustado.

Dos fantasmas se acercan hacia ti. Uno en silla de ruedas. La mujer empujando. Son los padres de Cherry. De Guido.

Te corrieron del funeral de ella. No les guardas rencor. Han perdido a sus dos hijos. Casi están a tu lado. Las llantas se adhieren al mármol. Baba de caracol. No haces ningún gesto. Te da miedo toparte con el dolor en sus miradas. Agachas la cabeza.

Encuéntrelos. Suplica la voz de la madre. Sin detenerse.

Asientes en silencio, para ti mismo.

El padre carraspea. Continúan con su procesión. Volteas a verlos cuando ya están frente a la puerta. Son una sombra a contraluz.

¿Qué van a hacer ellos de sus vidas? Cambias la pregunta. Vivirán de sus recuerdos. Supones. De sus reproches. Siempre más persistentes.

Del confesionario sale un hombre. Lo conoces. Es recio. Viejo. El padre del Matape. No despega la mirada de algo ubicado sobre tu hombro. Resistes la tentación de voltear. Pasa a la misma altura que tú. En el pasillo opuesto. Entonces giras. Nadie atrás de ti. Un santo. Una mesa repleta de veladoras. Desaparece.

Caminas hasta el confesionario. Nadie espera. Entras. La rejilla se abre.

Ave María Purísima. La voz del padre suena a hastío.

No vengo a confesarme. Respondes.

El cura calla. Te escucha decirle quién eres. Qué haces ahí. Te escucha tras la rejilla que lo vuelve invisible.

¿Qué puedo hacer por ti? Notas cierta tintura de emoción en sus palabras. No es un hombre viejo. Su voz no tiene esos matices.

¿Qué te confesó el hombre que acaba de salir?

Su respuesta es la esperada. Habla sobre el secreto de confesión. Se extiende. En exceso. Acostumbrado a escuchar, debe estar urgido de sus propias palabras. Evalúas si amenazarlo o apelar a su entendimiento. Ya son dos los muertos.

Entiendo pero necesito saber. Vamos por partes. Concilias. ¿Era el papá del Matape?

Sí.

¿Vino a confesar un crimen?

No puedo hablar sobre eso.

Haces una pausa. Evalúas. Estás tentado a salir de ahí. A tomarlo de la sotana y hacerle sentir el más terrenal de los miedos. Golpe tras golpe dejará de creer en cada uno de los santos. Hablará. Si lo sabrás tú. Todos ceden. Todos se quiebran. Son las reglas. Pero es demasiado pronto.

¿Me puede decir qué no dijo?

Sólo si preguntas bien, hijo mío. De nuevo el entusiasmo. Has acertado.

¿Confesó un asesinato?

No. La respuesta es inmediata. Carente de dudas.

¿Sabe cómo enloqueció el Matape?

No. Llevo poco tiempo aquí.

¿Conoce a Íngrimo Estévez?

No. Lo siento.

Callas. Evalúas otra posible pregunta.

¿Crees en Dios, hijo? Se adelanta. Te toma por sorpresa.

Es una pregunta que no te haces con frecuencia. Nunca te educaron para creer. Nada de misas. Tampoco rezos. Estás convencido que se cree por imitación. Es cómodo no creer. Pero muchas veces has envidiado a los creyentes. Los padres de Cherry y Guido, por mencionar a algunos. Encuentran consuelo cuando no debería haberlo. Es eso o darse un tiro.

A veces. Titubeas.

Sales del confesionario. Un incipiente mareo se apodera de ti. Si creyeras no participarías de los rituales. Escuchas la voz del cura a tus espaldas. La divinidad no es lo mismo que la faramalla eclesiástica. Lo ignoras. La bondad aparente acechando a los incautos. Llegas a donde están las veladoras. Tantas súplicas inútiles. Encender una llama no garantiza la eternidad. Soplas. Fuerte. Los pasos del cura se detienen. A ningún dios pueden interesarle las decenas de flamas. Consigues apagarlas todas.

Organizas el operativo. Exageras. Si acaso, pones de acuerdo a otros tres policías vestidos de civil. Respondieron al llamado de

Alvariño. Los puso bajo tus órdenes. Su voz esperanzada cuando le solicitaste refuerzos.

¿Es algo seguro? Preguntó.

Mmh.

Sabías que no. Sabes que no. Pero es la única forma que se te ocurre para atar los cabos sueltos. Matape es el sospechoso ideal. No por él, por supuesto. Es improbable que el idiota onanista haya orquestado un secuestro. Doble. Una muerte. Otra. El exotismo de los dedos cercenados. Guido. No, él. Entonces. Sus familiares. El padre y el hijo. Un desviado tributo de cariño.

Pero también él. Claro está. A los medios les encantará la idea del pervertido. Alguien que secuestra y mata sólo por placer. Debieron detenerlo cuando se masturbaba en la vía pública. Dirán muchos. El Fresno estará a reventar cuando lleguen los periodistas.

La conjetura es simple. Matape siempre fue sádico. Lo sabes por el juguero. También por el apodo. Por los perros muertos en su haber. Sacó adelante a su familia. Con un taller mecánico. Su cuerpo gordo hasta el exceso se deslizaba bajo los coches para aflojar la tuerca del depósito de aceite. Así empezó todo. Especulas. Es fácil visualizarlo sin playera. La piel ennegrecida por la grasa. Por el pavimento. La eterna viscosidad de las manos cubriendo el cuerpo entero. Su mujer recibiendo los embates nocturnos. Resignada. Sin saber definir qué es peor. El aceite requemado sobre el cuerpo del marido. La necesidad acuciante del hombre por coger de nuevo. Más y más. Cada día. A toda hora. Sin importar un embarazo. Más y más. El suegro en casa. Coger. Coger. El niño pequeño. Sin ganas. Con dolor. Hasta el límite de sus fuerzas. Sólo coger.

Las negativas lo sacaban a la calle. Gordo poseso en busca de perro. El placer sobreviniendo. Adictivo. Coger o matar. Cada tanto. Algún callejero. Así habría sido para toda la vida. La mujer no aguantó más. Se largó. Sobrevino la locura. No hubo perros suficientes para mantenerla al límite.

Apenas un onanista basta a la hora de enloquecer. El miembro llagado a fuerza de jalársela. Matape perdió la razón y a la mujer. No a su familia. El padre y el hijo lo sacaban. Sería más fácil confinarlo. En la calle podía ver mujeres. Fantasear con ellas. Por eso aguantaban las burlas. La humillación. El padre loco seguía teniendo necesidades. El hijo loco. Es un deber ayudarlo.

Ya tienes la primera conjetura. Especulativa. Mero contexto innecesario.

La primera pista fue encontrarlo frente al cadáver de Cherry. Ya lo sospechabas y Cuco lo reforzó. Matape no tiene la lucidez ni la fuerza para desplazarse al otro lado de El Fresno. Si estuvo ahí fue porque sabía de la mujer muerta. Porque alguien lo había llevado. Es una suposición válida. Por eso no luchas contra ella. Después de eso Matape desapareció de las calles. Las razones saltan a la vista. Podría confesar en medio de sus balbuceos. Mejor dejarlo encerrado.

¿Confesar qué?

Aquí las conjeturas precisan licencias.

Confesar que a Cherry y a Juan los habían secuestrado su padre y su hijo. Confesar que buscaban dinero. Por el hijo del diputado. Confesar que contaron con la complicidad de Guido. Él los puso a modo. Luego reventaron la sociedad. Confesar que permitieron al Matape violar a Cherry o masturbarse frente a su cuerpo desnudo. Una y otra vez. Sin la anuencia de Guido. Confesar que se les había ido de las manos. Por eso la mataron. Se deshicieron del cuerpo. Buscaron el rescate. Confesar que la existencia de Guido era insostenible. De milagro no habló antes. Cuando pudo. Confesar que el sadismo tiene un componente hereditario. Tres generaciones llegando al éxtasis conforme amputan diez dedos. En vivo. Uno por uno. Con calma.

Confesar bien.

Confesarlo todo. ¿No lo había hecho ya? ¿Qué eran esos balbuceos cuando tropezaste con él? ¿Apenas sílabas repetidas? ¿Su cabeza buscaba el bálsamo de la repetición? ¿Incriminó a su padre? Si al menos estuvieras seguro de sus palabras. De su confesión. Sólo le faltó narrar los detalles. Para ti es válida. Confeso entonces.

Sabes bien que las licencias superan a las conjeturas. Es lo mejor que tienes. Tres sujetos con motivo, oportunidad y medios. Sólo eso. De momento basta. Si has decidido correr el riesgo de pedir refuerzos es porque te niegas a enfrentarte solo contra esa familia. Con que aciertes a la mitad de las cosas sobra para estar en peligro. Aunque lo que más te aterra es el asco. La náusea producto de la imagen de tres adultos experimentando el más sensual de los goces mientras arrancan otra parte del cuerpo de Juan Perea.

Por eso mejor no llegar a solas.

Entran por el taller mecánico.

El portón corrido a medias. Una hoja de metal dando paso a un patio techado en parte. Con láminas onduladas. No hay nadie. Como si

bastara con entornar las puertas para disuadir a los visitantes. A los posibles clientes.

Tufo a aceite quemado. A neumático. La mugre de las paredes oculta tras afiches con calendarios. Y con fotografías. Cuentan una historia de dos décadas. La historia de las modelos en traje de baño. Reconoces a algunas. Estrellas de televisión de otra época. Otras tienen las tetas al aire. Los pezones oscuros. Las herramientas al fondo. Acomodadas con esmero. Varias botellas de lubricante escurren sus gotas póstumas en una cubeta. El motor de la compresora está apagado.

En una esquina del terreno se alza una caseta. Debe ser la oficina. Desenfundas tu pistola. Su peso siempre despierta un deseo. El tacto frío. La necesidad de vaciar su contenido mortal en algo que no sea un blanco inmóvil. Controlas la ansiedad de tu índice. Tus pasos resuenan en la escalera metálica. Hierro forjado. Azul. Despostillado. Te sigue alguno de los agentes. Varios escalones atrás. Basta un vistazo para saber que no hay nadie arriba. Apenas un escritorio. Más afiches. Una silla de plástico. Otra con la borra saliendo del hule. Vísceras expuestas.

Volteas hacia abajo. Algo tiene de ridícula la coreografía de los judiciales. Las armas empuñadas. Con las dos manos. La mirada acuciante. Buscando respuestas en cada rendija. En la caja donde descansa un centenar de baleros y tuercas. Asegurando un perímetro carente de peligros.

Hay algo de tranquilidad en su fracaso. Dura poco. Una puerta al otro lado del patio. Colindando con el predio vecino. Debe ser la casa de ellos. Del Matape. De su familia. Señalas el objetivo. Los tres hombres asienten. Fingen profesionalismo. Se acercan a la puerta. La emoción confundida con el miedo.

Empujas. Las bisagras están bien aceitadas. No rechinan. Entran a un patio de servicio. La cocina del otro lado de los cristales. Después el comedor. La sala. Nadie en el piso de arriba. Una casa como cualquiera. Dos habitaciones. Una adolescente. Dos camas tendidas. Un solo televisor. Más mujeres encueradas. Llama la atención lo escaso de las pertenencias. Casi parece tu propia casa. Falta algo. El cuarto del Matape. Este sitio es demasiado aséptico para él. No hay escalera hacia la azotea. Tampoco otras puertas. Deshaces el camino. Piensas. Debe haber algo.

Lo hay. La cocina tiene una despensa. Es el paso hacia el cuarto de servicio. Lo descubres al recorrer el patio por donde entraron. No da a

la calle. El muro sólo puede tener una explicación. Haces señas a los hombres. Se alinean a ambos lados de la cocina. El refrigerador lanza un rugido. Abres la despensa. Un túnel. Breve. Si acaso un metro.

Al otro lado está Matape.

Está sentado en un sillón. La mano rodeando su miembro. Flácido. Sin agitarlo. Se le nota débil. En el otro extremo del sofá su padre te observa. No se levanta. Apenas parpadea. El hilo de baba del Matape hace un charco a sus pies.

El cuarto es oscuro. Sin ventanas. Huele a vómito. A alimento infantil. Está iluminado por el inconfundible halo azul del televisor. Caricaturas. También hay una mesa pequeña. Tiene cuatro latas de cerveza. Una botella de agua. En la pared que oculta la hoja de la puerta varias fotos. De mujeres. Con ropa. Encuentras a Cherry. Hace varios años. Fotos parecidas a las que viste en casa de sus padres.

¿Dónde lo tienen?

El Matape se sobresalta. Mueve la mano un par de veces. No alcanza para excitarse. Vuelve a ser vencido por el pasmo.

¿A quién? Pregunta el padre con mucha tranquilidad.

A Juan Perea.

Su mirada acusa desconcierto. Ignorancia. Sientes el peso del ridículo. Un enojo antiguo se expande en tu interior. Arrancas la foto de Cherry. Una de ellas. Descubres otras dos.

¿Por qué mataron a Cherry? Tu pregunta tiene los matices de la súplica. Le pones la foto en la cara.

Nunca estuvo aquí. ¿Para qué íbamos a matarla? Te perturba su calma.

Tomas otra de las fotos. Algo en la pose, en la forma en que tiene acomodado el cabello, te recuerda a Leslie. La ropa, quizá. La rabia contenida busca espacio. Por un instante piensas que tu hija es quien ha estado en manos de pervertidos como éstos. Encuentra ese espacio. Abofeteas al Matape. Su cuerpo cae de costado. Sobre el sillón. Su padre se incorpora de inmediato. Atisbas una mueca burlona en el agente a tus espaldas.

Vas a hablar, cabrón. Vas a hablar o verás cómo le saco palabras al idiota de tu hijo.

Percibes el odio. Te alienta. Casi deseas que te golpee. Acabar liados. A puñetazos. Liberar toda la frustración acumulada. Toda la que se sigue acumulando. Es evidente que aquí no estuvo Juan Perea. Es evidente pero necesitas sangre.

El golpe te duele menos de lo esperado. Basta para hacer sangrar tu

nariz. Para hacerla borbotear. Destellos alrededor de tu conciencia. La cabeza del viejo recibiendo el cachazo. Cae en el acto. No hay miedo en su mirada. El odio sigue acrecentándose. Patada tras patada. Hasta que te detienen los judiciales.

Escuchas sus voces. Sus consejos. Un último puñetazo rompe la mesa. El olor del lúpulo te devuelve trazas de conciencia. Te hincas. Acercándote hasta la cara del padre.

¿Conoces a Íngrimo Estévez?

El viejo lucha por llenar sus pulmones. Parece asentir. Casi pegas tu oreja a sus labios.

Es tu puta madre.

Lo tomas del cabello. Encabronado.

¡Llévenselos al comandante! Son sospechosos por el secuestro de Juan Perea, hijo del diputado Manrique. Gritas deseando que tus palabras se hagan realidad.

Te abres paso entre los tres agentes. El túnel. La cocina. Abres el grifo. Bebes agua con sabor a cloro. Te mojas la cara. Sales al patio de servicio. Cruzas al taller. Vas hasta las herramientas. Coinciden con el dibujo de ellas mismas sobre el friso de conglomerado. Faltan algunas. No importa. Arrancas la tabla de la pared. Caen. Con estruendo. Algunas te golpean.

Sales por el portón. Cojeas. Buscas cómo resarcir tu equívoco. Escuchas las voces de los agentes. Las voces en los equipos de radio. Huyes con prisa.

Apaciguas la adrenalina con grandes zancadas. Las voces rebullen en tu interior. Las imágenes. Necesitas una mujer. Un hombre. Alguien a quien penetrar. Considerar ir a cobrar la cuota. Ejercer el poder. Romper madres. Al primer pretexto. Conseguir una puta. Un puto. Joto. Marica. Varios juntos.

Piensas puras mamadas para justificar lo injustificable. Tus errores. La cagaste. Dirás que con las herramientas faltantes de la pared le quitaron los dedos a Perea. De aquí a que averigüen seguro estará muerto. El error ya no será tuyo. Podrán irse todos juntos a la chingada. El comandante. El procurador. El diputado Manrique. Tú mismo.

Tú mismo antes que nadie.

Sientes el hormigueo en el cuello. En los hombros. Sudas. Bajas el ritmo. La intensidad de los pasos. Te descubres hambriento. Con sed. Te refugias en la fonda. La predilecta. La de los miércoles. Ordenas comida y silencio. Sigues necesitando una mujer. Ya no un chavito.

Tampoco una puta. Alguien que sustituya a Tamara. Alguien con quién hablar después de coger.

Sacas el teléfono sin esperanza. No hay a quién llamarle. Está apagado. Sin pila. Preguntas por un cargador. Te lo llevan. Lo conectas. Comes con calma. Una andanada de pitidos se aglutina cuando lo prendes.

El primero es un bálsamo: “Pa, ¿todo bien? Me robaron mi cel. Hasta ahora pude recuperar la línea. Vi que habías llamado varias veces. Lo siento. Te marqué pero no contestaste. Nos vemos pronto”. Funcionó. Tu método para conjurar la desgracia es doloroso pero efectivo. Leslie está bien. Y eso basta. Aunque te manden de policía de tránsito. A operar semáforos.

El segundo es del comandante. Un mensaje: “Había semen en el conducto vaginal de Cherry. Iniciaremos pruebas de ADN”. Al menos aún no se entera del ridículo con el Matape. Semen. Algo predecible. Esperma. En una de ésas corres con suerte. Mecos. Si fueran del Matape se resolverían todos los problemas. Lefa. Habrá que ver.

El tercero es un correo. De la secretaria de Alvariño. Reenviado. Del corporativo de El Estío 24 horas. Lo lees por encimita. Pides postre. Se excusan por no poder aportar más datos. Arroz con leche. No siempre han tenido el mismo modelo de negocio. Y café. Antes de ofrecer las tiendas a un grupo de familiares o amigos, funcionaban como franquicias. De olla. Todas las tiendas viejas siguen operando así. Hasta se te antoja un cigarrito. La de El Fresno sigue con ese modelo.

¡Hijo de puta!

Hijo de su puta madre.

Piensas mientras emprendes el camino. Sin pagar la comida. La resolana escuece. No pides refuerzos. Desechas la idea en medio de los espejismos de lo tórrido. Un ligero gusto dulce se pasea por tu boca. Sudas antes de atravesar la calle ancha. Con camellón. Frente a El Estío 24 horas calcinándose como una promesa cumplida. Son sólo pequeños detalles. Intuiciones. Minucias. Pero te confieren una certidumbre plena.

Te detienes en la entrada. Ya no quedan posters. Ninguna promoción de renta de videos sobre los ventanales. Tampoco afiches de película. Empujas. Está abierto. Es un sitio diferente al de tus recuerdos. Tan cercanos. Las luces apagadas. Ya no persiste el ánimo

de artificio. También el aire acondicionado. No hay siluetas de actores recortadas y puestas en soportes plásticos. El calor se encierra. Flota junto con los corpúsculos de polvo suspendidos.

Un paso. Otro. Respirar con calma. Los estantes sin cajas. Algunos abatidos. Al fondo un par quedan de pie. Llenos. Son los de pornografía. La sospecha se concreta. No era material común para los videoclubes de cadena. De nuevo. Apenas indicios pero bastan para montar una historia. Una historia que te haga sentido.

Subes al tapanco. Despacio. El sabor de un café bien hecho recorre tus deseos. Eres un animal de costumbres. Manoteas para alejar el condicionamiento. Ya no hay monitores. Tampoco cafetera. Es el emplazamiento para un vigía que no se aburre. Un vigía que eres tú. Sin nada que vigilar.

Se ha largado. Un tufo de resignación te acompaña. Te acodas en el barandal del tapanco. Si al menos tuvieras pruebas tangibles. Lanzarías a un escuadrón para capturar a Arcángel. A Íngrimo Estévez. Una sospecha que no va a compartir el procurador. Ni siquiera Alvariño. No consigues el argumento para convencerlos. Las películas pornográficas. Los adolescentes acudiendo en tropel a rentarlas. Hacer de ellos una cofradía. Aprovecharse de sus perversiones. Crearles nuevas. Valdría mucho más tener un cuerpo. Encontrar sangre. La cuchilla que cortó los dedos. El instrumento. Un montón de datos cruzados para inculparlos. Aquí no hay nada. Polvo. El recuerdo de un buen café. Enviar agentes a catear su casa. No. Es cuidadoso. Apenas ha tenido un par de fallos. No los tendría en su casa. Tenerlo de frente. Encararlo. Lastimándolo hasta que confesara. ¿Fue puro deseo? ¿Avaricia? ¿Un tributo tardío para su séquito antes de partir?

Ni idea. Se te ha escapado y eso es lo importante. Ya no habrá ascensos.

Paseas la mirada por el local. De seguro esto termina convertido en un negocio más próspero. Venta de muebles. De electrodomésticos. Una casa de empeño. La pared del fondo está recubierta por tiras de madera. Una pulgada. Otra vacía. Alternándose. Aún sostienen las ménsulas. Entrepaños que sólo se interrumpen para ocultar una puerta. Sientes el latigazo de la adrenalina. Deben ser los baños de los empleados. Te enderezas. El lugar donde se cambian y dejan sus pertenencias. Desenfundas tu arma. Puede ser sólo un pasillo estrecho o tu última posibilidad. Revisas la carga. Tomas aire. Retiras el seguro.

Bajas las escaleras sintiendo que todo está dicho. El arma acunada entre tus dos manos. Una imagen aprendida en entrenamiento. Con

sigilo. En alguna serie de televisión. Llegas hasta la puerta. La sangre golpea. No tiene manija. También tu respiración. Tampoco cerradura. Sudas a pesar del frío que sientes. Será cosa de jalar uno de los entrepaños.

La realidad demora en asentarse.

Lo primero es la luz. Dos rostros. Ambos desencajados. El zumbido de los focos. La mesa de madera. Basta. Un espacio amplio. El olor inconfundible del cloro. Ocultando algo. Una cubeta de metal al fondo. También un tercer rostro.

Lo segundo es el rompecabezas. Fragmentos de esa misma realidad. Tardas en acomodarlos. Estuvio. El hijo del Matape. Parado tras Juan Perea. El dolor y el placer tienen un rictus similar. La humillación. Perea es violado. Ya no opone resistencia. Su respiración un gargajo. Seco. Como los muñones en sus manos. No alcanzan a apretar el borde de la madera. Sus fuerzas a articular un grito. Un hacha pequeña fuera de su alcance. No podría blandirla. Es una advertencia. Una advertencia que es el peor de sus recuerdos. Estuvio empuja fuerte. Los pantalones arriba. La bragueta abierta. No es un acto recíproco. Ahoga sus gritos con resoplidos. Su lengua recorre la encía sin dientes. Es puro esfuerzo. Un acto de poder. Dominación. Animal. Lesiva.

El tercer rostro es el primero en mirarte. Con una sonrisa leve. Ladeada. Arcángel está sentado en un sillón. Observa. No parece sorprendido. Tampoco temeroso. La pistola entre tus manos. Contrastan con las suyas. Albergan una taza. De café. Bueno. Muy bueno. La alza un poco. Brindando.

Los jóvenes te descubren. La mesa no chirría. Un amago de esperanza en el hijo de Manrique. Desaparece pronto. Quizá también prefiera la muerte al futuro. Al menos por ahora. Coincide con su padre. No hay forma de que lo sepa.

Sacas el teléfono del bolsillo. Marcas rápido. Es el comandante. Susurras. Para no romper el cuadro escénico. No dejas de mirar a tus adversarios. Mencionas el nombre de Perea. Apuntas a uno. Está vivo. Luego al otro. La ubicación. Aprietas la empuñadura. Ya vienen los refuerzos. Alternas de nuevo.

Para cuando cuelgas Estuvio se está subiendo la bragueta. Sigue recorriendo su encía con la lengua. Juan Perea apenas se mueve. No hay trazas de alivio. Es un gusano gordo sobre la mesa. Escocido por la sal. Tampoco. No se retuerce. Descansa acaso.

Supongo que no volviste por café. La voz de Arcángel tiene matices nuevos. Es más segura. Como si el arma no apuntara a él.

Podría tomarme una taza.

Es una lástima. Ya sólo me queda ésta. ¿Me dejas ir a prepararte otra?

Sonríes. Tiene su encanto. Percibes el ligero movimiento del hijo del Matape. La lengua ahora hasta los labios. Recogiendo residuos de saliva. Busca el hacha. Lo disuades con el cañón de tu arma. A tres metros es difícil fallar.

Déjalo Estuvio. El oficial Zuzunaga nos está haciendo una visita de cortesía. A los invitados hay que tratarlos bien.

Estuvio da un paso atrás. Recula. Se recarga contra la pared. Perea aprovecha para incorporarse. Su sexo encogido es un minúsculo capullo. Apenas. Se agacha. La mesa no te permite verlo bien pero adivinas. Busca sus calzones. Se contorsiona. Patético. Los tres espectadores no pierden detalle. Las piernas delgadas. Peludas. Introduce sus manos en la parte interior del elástico. Lo que queda de ellas. Sube el calzón despacio. Se atora en las rodillas. Debe revolver los muñones hasta recuperar algo de sujeción. La prenda sube más rápido. El resorte choca contra su sexo, lo alza para luego cubrirlo. El hijo del diputado se da por satisfecho.

Estuvio suelta una carcajada. Vuelves a ponerte alerta.

¿No te sorprende que los descubriera? Preguntas para ganar tiempo.

También porque tienes dudas. Sería bueno tener una versión más completa de lo sucedido.

Un poco, sí. Pero me da gusto que seas tú y no un operativo de agentes con casco que entre disparando.

Te hace sentido. No tanto su tranquilidad.

Una pregunta por otra. Te ofrece.

Aceptas. Con un gesto.

¿Qué fue lo que te hizo venir?

Ha llegado la hora de las explicaciones. Masticas el tedio. Un par de veces. Sigues sin estar convencido de tu respuesta. Al menos no del todo.

Dos cosas: Íngrimo Estévez. Una caricia de más.

Arcángel levanta una ceja. Es la expresión de quien busca entendimiento. Al parecer lo encuentra.

Sí, me equivoqué con eso. Con lo de Íngrimo. Lo otro no me queda claro.

No es común que un sujeto amable intente seducir a un agente policiaco al que apenas conoce. Explicas. Salvo que supiera que existe alguna posibilidad.

¿Existe? Un dejo de coquetería en su entonación.

No. Respondes de inmediato. Pero sólo Guido te podría haber convencido de que existía.

Arcángel oculta gran parte de su cabeza con la taza.

Te toca.

¿Lo planeaste así o se te desmadró todo?

Yo no lo planeé. Confiesa. Fue este señor. Y su índice acusa a Juan Perea.

Un halo de arrepentimiento se apodera de la expresión de Juan Perea. Los ojos muy abiertos. La inclinación en su cabeza.

Ya no necesitas que te cuenten la historia. Te dan igual los detalles. El hijo del poderoso diputado no quiso conformarse con lo que le daba su padre. El hijo único. Así que pactó con los amigos de su novia. Ya estaba harto del sigilo. Con su cuñado. Tal vez logró su objetivo cuando vio a Manrique confesando. Lo planearon bien. El hijo bastardo. Era sencillo. En el noticiero de mayor audiencia. Bastaba con tener cuidado. En televisión. Desaparecer una semana. No contó con Arcángel. Recibir muchos millones. Él le había dado refugio a varios adolescentes cuando no tenían a nadie. O sí. Guido. Supuso que su tienda sería un buen lugar. Estuvio. Tal vez hasta habían pactado frente a sendas tazas de café. La tara de su padre como el insalvable obstáculo para su futuro. Un buen café. Hasta Cuco. Podrían hacer negocios más tarde. El tullidito que nunca tendrá una mujer…

Piensas en posibilidades. Cherry se negó a cooperar más. El diputado tardó en ofrecer el rescate. Alguno hizo enojar a Perea. No resistió las miradas lascivas sobre su novia. La ofreció en tributo. La compartía como si compartiera el dinero. Él sólo buscaba un apellido. Eso detonó todo. Fantaseas. Aunque los tiempos cuadran. Primero el cadáver de Cherry. El líquido seminal. Días más tarde los dedos. Cuando ya había fracasado la entrega del dinero. Entonces se desataron todos los demonios. Azuzados por la pornografía. La voz de Arcángel. Todas las frustraciones acumuladas. De ahí la expresión de poder. Estuvio. La necesidad de humillar.

No cualquiera puede resistirlo. Guido iba a quebrarse. Por eso lo mataron. Cuco lo puso a modo. Habrá que ir por el inválido.

Miras con desprecio a Perea. Por pendejo. Alcanza a murmurar algo pero no te interesa. Ya habrá tiempo de rellenar los huecos. De descartar la imaginería. Lo callas con un dedo. Se escuchan pasos.

Sientes cómo tus músculos se relajan. Deben ser los refuerzos. Te distraes. Apenas. Lo suficiente. Estuvio se lanza hacia ti. Apoya un pie sobre la mesa. Unas tijeras de jardinería en la mano. Para tomar impulso. Empuñadas cual cuchillo. Vuela hacia tu sorpresa.

Reaccionas.

Mal y tarde. Dos balazos. En lugar de hacerte a un lado. El cuerpo gira en el aire. El hombro destrozado. Una contorsión grácil. El cuello con un boquete. Antes de caer, la sangre inicia el abandono del cuerpo. Por los borbotones en la boca. Por un costado de la tráquea.

Tu percepción se distiende. Se amplía.

Un alarido. Cerval. Matape entra al cuarto. Al cuerpo desangrándose. Con su hijo. Un hálito de cordura lo postra. A su lado. La sangre manando. Las manos llagadas toman su cabeza.

Un grito. Ronco. El abuelo de Estuvio se lanza contra Arcángel. Intercambian golpes. Un bramido. ¿Por qué no los arrestaron hace rato?

Una mirada. De Juan. Suplicando para que jales el gatillo una vez más. Para que finalices su tormento. Lo dicen sus labios. Su voz que por fin sale de su garganta. No escuchas. Demasiados ecos. Como nadar bajo el agua. Estar dentro de una burbuja. Insonora. No escuchas pero entiendes.

Te niegas. Dos muertos resultan demasiado. Tu padre. Lastran. Estuvio. No habrá consuelo posible. No para ti. Tampoco para ellos.

La pelea continúa. Sin golpes. Dos cuerpos ruedan por el piso. Alfombrado. Chocan contra la pared. El sillón. Las patas de la mesa.

Juan Perea se deja caer.

Un estertor. Borboteante. Póstumo. Matape cubre con el suyo el cuerpo de su hijo. Con otro alarido.

La pelea se suspende. Sangre en Arcángel. En el viejo. No se sabe qué heridas le propinaste tú. Cuáles Arcángel. El sollozo le pertenece a Juan Perea. El hijo del diputado. Manrique. El ulular de las sirenas. El temblor es de tus manos. Trémulas. Trémulas. El cañón de la pistola es un badajo. El gatillo. Más sangre en el piso. Cerca de tu zapato. No es toda.

El resto le escurre de la cara al Matape. Cuando alza el torso.

Hincándose. El llanto en sus ojos. La saliva. Baba rosácea que cuelga de su locura. Sin esputos. Se sienta. Al lado del cadáver de su hijo. Comienza a masturbarse. Hay locuras que salvan.

Pasos apresurados.

Das la espalda a la escena. Huyes. Estuvio debía tener la misma edad que tenías cuando mataste a tu padre. Tu padre. Estuvio. Tus dos muertos.

Casi chocas con los agentes. Respiras profundo. Hablas.

Ahí adentro está el hijo de Manrique. Vivo. Hay otros tres. Ahora sí llévenselos a todos. Alcanzas a reprochar.

Sales a la calle. La tarde ha caído. También cae lluvia. Fuerte. Oscurece el cielo. No es tan tarde. Un golpeteo sobre el toldo de lona. Insuficiente. Sigues escuchando el alarido. De Matape. Las dos detonaciones. La lluvia arrecia. Una cortina escurre del pabellón. Frente a tus ojos. La cruzas. Aunque sabes que el agua será insuficiente para lavar la sangre.

Un trueno a la distancia ahuyenta las sirenas policiales.

Caminas por El Fresno. Los charcos anegan tus zapatos. Vas con calma. De cualquier modo. Boqueas para respirar. En medio del frío. De la lluvia que amaina. Sientes cada gota. Una necesidad. Apresuras el paso. Hasta la patrulla.

Tiritas dentro. Te deshaces de la camisa. Un suéter arrumbado en el asiento trasero. Pica un poco. Es de lana. Los vidrios son el escenario para los ríos de lluvia. Enciendes el coche y la calefacción. Se empañan casi de inmediato. Luego ceden.

Marcas. Esperas al primer tono, al segundo. Contesta apurada. Suelta frases una tras otra. Está en un evento. No puede hablar ahora. Qué bueno que por fin lograron comunicarse. Te llamará pronto. Lo promete. Besos. No alcanzas a percibirlos en la piel de la mejilla. Rasposa. Cuelga. Leslie.

Tu hija.

Nadie te la ha arrebatado. Conectas el teléfono. Avanzas. Te conduce el instinto. No la voluntad.

Leslie está bien.

Te estacionas sobre la banqueta. Los velatorios desprenden una luz amortajada. Bajas del auto. Nuevas gotas estremecen tu cuello. Son más espaciadas. Un poco más gordas. Caminas a la escalinata. Tardas

en localizarla. En localizarlas. A Nat. A la pequeña. Es hija de Carmelo, recuerdas. Tiritan bajo un dosel. Empapadas.

Otro hijo de puta. Concluyes al descubrir el abrazo. Madre e hija. Miedo en la mirada de Nat. También desconfianza.

Vamos. Estás a unos pasos.

Ellas no se mueven. Falso. Siguen tiritando. No se desplazan. Extiendes una mano. Tampoco. Nat evalúa pero no se convence.

Con una chingada. Sueltas casi sin abrir la boca, mientras desenfundas tu arma.

La alerta abre por completo los ojos de Nat. Redondos. Hermosos. La bebé inicia un llanto. Débil. Las diriges con el cañón de la pistola. A la patrulla. Descubres una mochila colgando en su espalda. Se sube sin abandonar la suspicacia.

Manejas rápido. Sin pensar. Lo importante ahora es no pensar. Corres el riesgo de llenar tu cabeza de alaridos. De sangre. Habitarla con tus dos muertos.

Abres la puerta. No es acogedora pero está seca. Tibia. Tu casa.

Nat abraza con más fuerza a la niña. Duerme de nuevo.

En el baño hay una toalla. ¿Tienes ropa limpia?

La muchacha asiente. Alza el hombro del que cuelga su mochila.

Báñate con agua caliente.

Extiendes los brazos. Para recibir a la bebé. Nat duda.

No les va a pasar nada. La convences.

Sientes el peso de la bebita. Su sueño tranquilo. Se acomoda. Nat te mira con todas las dudas encastradas en su cara que ha dejado de ser de niña. Es una mujer que desea confiar en ti.

Apúrate. No quiero que te enfermes.

Pinche Carmelo. Sientes la tibieza de la pequeña. Será mejor que nunca vuelva. Su respiración pausada, ajena a su propio abandono. Que se pudra en la frontera. Es un deseo sin sobresaltos. Te acostumbras al peso entre los brazos.

Nat entra al baño caminando de espaldas. Te sientas en el sofá. Ellas dormirán en la cama. Es lo justo. Tendrás que conseguir comida para la pequeña.

Van a estar bien. Susurras. A la bebé. A Nat. A ti mismo.

Te responde un suspiro hondo; como si acusara recibo de tu presencia y de tus palabras. Echas la cabeza hacia atrás. El teléfono vibra. Manoteas unos segundos antes de dar con él. Es La Amarilla Nelson. Rechazas la llamada sin pensarlo demasiado. Ya habrá tiempo para eso, esperas. La nena suspira de nueva cuenta. La aprietas contra

tu cuerpo.

Comienzas a llorar.

Ciudad de México,
18 de noviembre de 2014 - 8 de junio de 2015

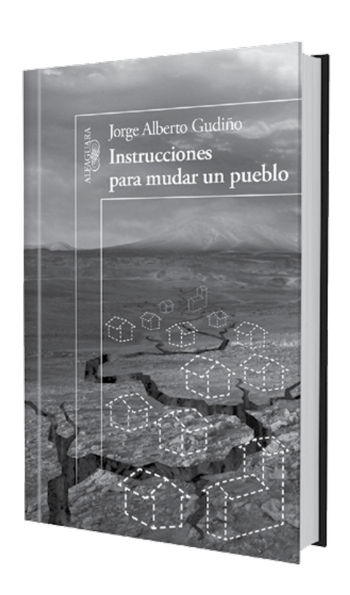




Con amor, tu hija:

Un famoso escritor se ha instalado en una isla paradisíaca. Emily, su hija, ha ido a visitarlo, esta vez acompañada por Antonia: ella es joven, bella, accesible… Mirar a Antonia implica mirar a Emily, y hacerlo, obliga a comparar: su hija es mucho más bella y ése es un pensamiento que no debería tener lugar…





Instrucciones para mudar un pueblo:

Un asesino profesional, un antiguo jefe de policía, un anciano moribundo y su nieto idiota, una cantante pequeña y sublime, un cura dispuesto a fundar una nueva religión, un incipiente abogado que desea triunfar a toda costa… Cercados por la ignorancia, el miedo, la codicia y la crueldad, todos buscan alcanzar el milagro de la felicidad y la salvación del alma.





Justo después del miedo:

Just after fear es una exposición fotográfica diseñada para cimbrar las estructuras emocionales y morales de los asistentes. Retrata el instante en que los protagonistas están a punto de sufrir un dolor máximo, irrevocable: una amputación, una rodilla destrozada, un dedo roto. Tras ese instante, la fotografía se centra en la cara del sujeto y se vuelve video.

«Da igual estar impoluto o lleno de mierda a la hora en que la muerte nos encuentra.»

«Todo mundo tiene derecho a sus propios pasos perdidos.»

Investigar delitos en México parece un sinsentido; salvo que, claro está, la víctima sea alguien poderoso, como el hijo de un diputado. Ésa es la encomienda que le asignan a Cipriano Zuzunaga, un policía judicial caído en desgracia. Ya sea para entretener el tedio, para recuperar el poder que alguna vez tuvo o para enfrentarse a sus propios demonios, decide emprender la indagatoria. Ignora, sin embargo, que la búsqueda de los criminales sacará a flote su pasado, un sitio por donde pocos querrían transitar. La justicia tiene tanto de caída como de redención.

"Con un cambio de tono espectacular, Jorge entrega su novela más lograda y vibrante a la fecha: *Tus dos muertos*, hogar del excomandante Zuzunaga, un policía en la mejor tradición de la novela negra latinoamericana". MARTÍN SOLARES

"Una novela negra no ofrece solamente la indagación de un enigma policiaco: articula, sobre todo, una prosa que revela y desmenuza la putrefacción de una sociedad. *Tus dos muertos* representa un nuevo camino de ferocidad y precisión en la narrativa de Jorge Alberto Gudiño". ANTONIO ORTUÑO



Jorge Alberto Gudiño Hernández es escritor. En 2010 publicó *Los trenes nunca van hacia el este*, su primera novela. En 2011, con su novela *Con amor, tu hija* obtuvo el Premio Lipp de Novela, entregado por primera vez en México y de gran tradición en Francia. En 2014 publicó *Instrucciones para mudar un pueblo* y en 2015, *Justo después del*

miedo. Desde 2004 conduce *La Tertulia*, en Radio Red, una revista radiofónica dedicada a la literatura. También es colaborador de diversos medios impresos y digitales. Dedica una buena parte de su tiempo a la docencia universitaria.

Tus dos muertos

Primera edición digital: julio, 2016

www.megustaleer.com.mx

ISBN: 978-607-314-605-0

Penguin Random House Grupo Editorial

 /megustaleermexico

 @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice